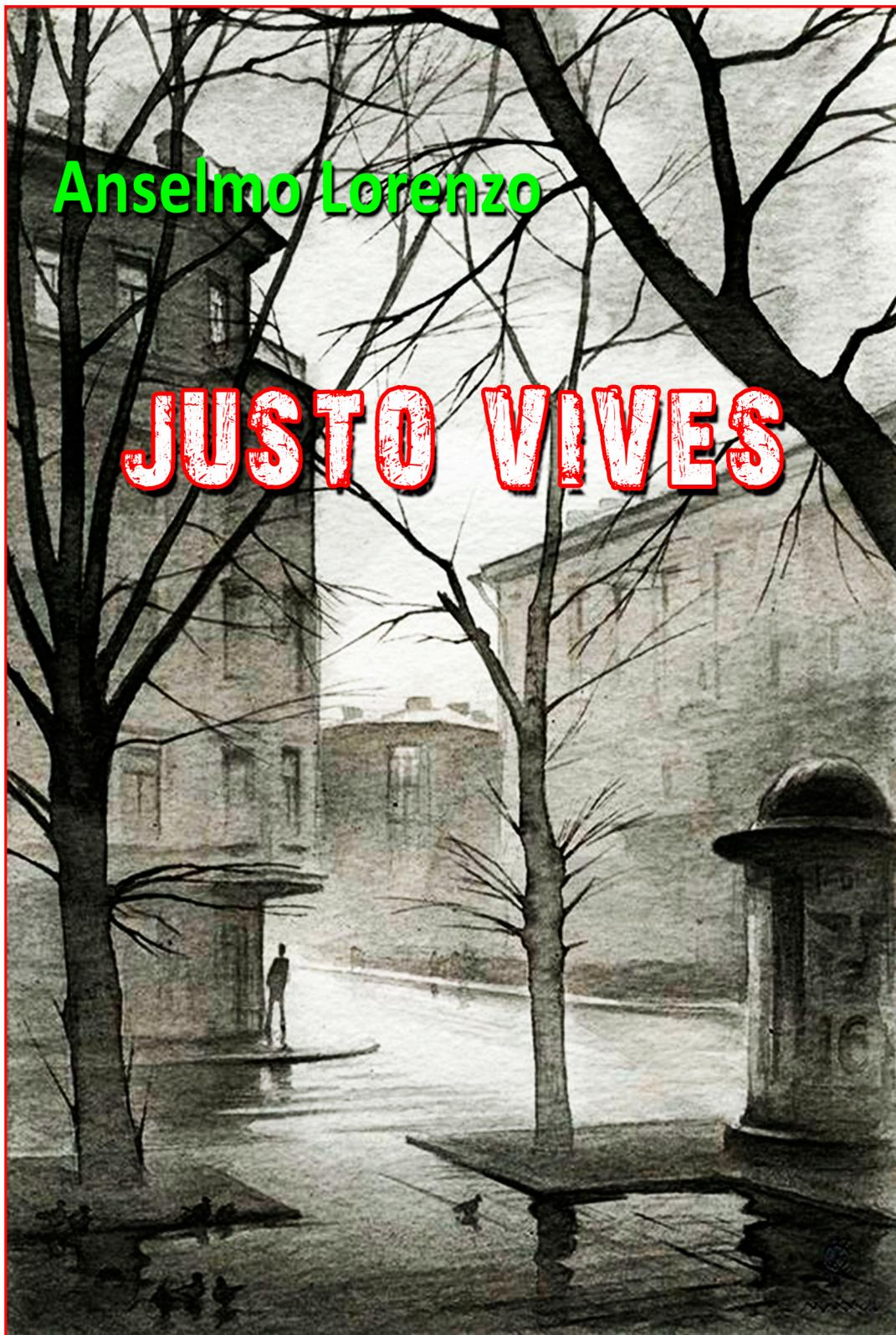


Anselmo Lorenzo

JUSTO VIVES



Publicada a mediados de julio de 1893 por la revista catalana *La tramontana*, la novela de Anselmo Lorenzo tiene un objetivo concreto, según plantea Josep Lluanas en el prólogo de la primera edición del libro: «más que el deseo de exponer en forma novelesca una faz de la lucha por la existencia que sostiene la clase trabajadora, obedece en su estructura y argumento a la necesidad sentida de que las ideas de emancipación obrera traspasen los límites del periódico de combate, del folleto y aún del libro».

Si la sociedad burguesa se había fundado sobre un relato propio, el movimiento obrero tendría el suyo. La escritura de *Justo Vives* desautoriza las narraciones que la burguesía había hecho para las clases populares desmontando el sentido impuesto y produciendo otros basados en la justicia social, la solidaridad, la lucha obrera y el amor libre.

Elaborado de forma sencilla para una sociedad culturalmente restringida, *Justo Vives* corroe los modelos literarios dominantes, para narrar una actitud ejemplar en la lucha por la vida.

ANSELMO LORENZO



Justo Vives

EPIODIO DRAMATICO SOCIAL



EDITORIAL FUEYO

AZCUÉNAGA 16 - BUENOS AIRES

Anselmo Lorenzo

JUSTO VIVES

Episodio dramático-social

La primera edición, de 1893, fue publicada en la revista *La tramontana*.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

- I. La asamblea general
 - II. Hijo y madre
 - III. Origen de una pasión
 - IV. El 1.º de Mayo
 - V. La Comisión de la Huelga
 - VI. La inocencia perdida
 - VII. La crisis de Pepita
 - VIII. En la cárcel
 - IX. Vislumbre de felicidad
 - X. Del drama al idilio
 - XI. El Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros
- Acerca del autor

A la Sociedad Centro de Carpinteros de Barcelona

Compañeros:

En la primera página de este ensayo literario, destinado a consignar las aspiraciones revolucionarias de los trabajadores por cuyo sostenimiento habéis luchado con honra, escribo vuestro nombre colectivo, en uso de la autorización que por voto unánime me concedisteis en asamblea general. Con mi agradecimiento por haber auspiciado mi trabajo, deseo hacer constar ante el proletariado que combate por su emancipación social el afecto fraternal que os profesa vuestro compañero que os desea

S.y R.S.

Anselmo Lorenzo Barcelona, 1° de Mayo de 1893

I

LA ASAMBLEA GENERAL

–¡Proposiciones para presidente!

–¡Vives! ¡Prats! –exclamaron varias voces.

–Puesto que son dos los propuestos, procederemos a la votación. Los que acepten al compañero Vives levanten el brazo.

Se levantaron algunos brazos, y, efectuado el recuento, tras breves instantes se vio que la proposición *vives* quedaba en gran minoría.

–Los que acepten al compañero Prats levanten el brazo.

Se produjo un gran rumor. La inmensa mayoría de la concurrencia que llenaba el salón de la cervecería El Porvenir levantó el brazo. Por breves instantes asemejose aquello a un bosque de amenazas: más parecía la expresión de un movimiento de ira que la sencilla manera de realización de un escrutinio.

–El compañero Prats puede pasar a ocupar la presidencia.

La Sociedad de Carpinteros se halla reunida en asamblea general extraordinaria.

Tal es la importancia del asunto que motiva aquella asamblea que asisten casi todos los socios.

Se acercaba el 1.º de Mayo y en los círculos obreros, en las fábricas, en los talleres, se comentaban las noticias de movimiento social, se discutían doctrinas económico–sociales, se disputaba sobre las personalidades influyentes entre los trabajadores, se trazaban infinitos planes revolucionarios y se abominaba de la burguesía.

Esta agitación se desahogaba en multitud de reuniones donde los trabajadores se practicaban en el ejercicio del apostolado y en el del parlamentarismo, uniendo en un solo hecho dos que en la historia encontramos al principio y al fin de nuestra era separados por el espacio de veinte siglos.

El día en que presentamos reunida la Sociedad de

Carpinteros, amanecieron cubiertas las esquinas de la ciudad con innumerables cartelones en que en grandes letras se destacaba la palabra *meeting*, y el nombre de muchos oficios.

Teatros, salones de recreo, casinos, donde quiera que había capacidad para contener una sociedad obrera o los trabajadores de un oficio, allí se celebraba una reunión, y en todas ellas se hablaba de la jornada de ocho horas de trabajo, de los privilegios de la burguesía de la emancipación del proletariado, de la revolución social, del Estado obrero, de la Anarquía, de la huelga general y de todas aquellas ideas que, simbolizadas en una palabra o una frase, han llegado a tomar una especie de forma material en la imaginación de los desheredados de la época presente, del mismo modo que los de épocas pasadas creían ver y palpar fantasmas, brujas, aparecidos, ángeles y demonios.

En aquellas reuniones ocupaba la mesa la indispensable comisión y actuaba de presidente el compañero que se juzgaba más inteligente, acompañado por un delegado de la autoridad, que solía ser siempre un polizante zafio y quisquilloso, ensoberbecido por la ignorancia y el uso de bastón con borlas.

Los oradores pasaban sin transición de lo sublime a lo ridículo: con una retórica compuesta de manoseados lugares comunes, atribuían palabras de los santos padres a filósofos de la *Enciclopedia*, hacían trizas la historia y la

cronología, alteraban el valor convencional y generalmente admitido de innumerables palabras y hacían uso de una prosodia que colocaba fuera de su lugar lo menos el veinte por ciento de los acentos.

En aquel barbarismo de la forma, propio de unos apóstoles que no habían disfrutado de la infusión de la sabiduría en solemne Pentecostés, el observador imparcial descubría la solidez de un principio axiomático, la lógica de una consecuencia indestructible y la seguridad del triunfo de una aspiración racional; todo ello mezclado con exhortaciones a realizar como la cosa más hacedera los actos más imposibles, y sacando de quicio la utopía, que todos los soñadores han colocado en el porvenir, para realizarla en lo presente, bajo la forma de medidas prácticas y de resultado inmediato; es decir, tomándola como medio, no como fin, y dejándola de manera que no sirviera para lo uno ni para lo otro.

Pero los observadores imparciales han andado siempre escasos, y más aún en estos tiempos y tratándose de las manifestaciones obreras: unos pretextando que estas tienden a combatir intereses creados, otros porque se atara a venerandas tradiciones, los de aquí porque aquellas dificultan el curso de la evolución o de la revolución política, los de allí porque profanan la majestad de la ciencia, y en fin, cuantos no forman parte de esa entidad más o menos bien definida llamada el proletariado militante, porque

sospechan que solo se trata del entronizamiento de una olocracia.

La prensa política distinguíase en esa falta de imparcialidad, observándose generalmente en ella una conducta que consistía en ridiculizar los actos obreros y en dar consejos a los trabajadores; pero si lo primero podía alegrar las tertulias burguesas, lo segundo era absolutamente despreciado por aquellos a quienes con dudosa intención se quería beneficiar. Se comprende: en las listas de suscripción solo figuran burgueses, y ya es antiguo aquello de hablar en necio para dar gusto al que paga.

Aquel a quien hemos visto pedir el nombramiento de presidente, era el secretario de la sesión anterior, que, según práctica reglamentaria, tenía el encargo de extender el acta de aquella, abrir la sesión siguiente y dar lectura a su trabajo.

El compañero Prats, instalado ya en la presidencia, pidió a la asamblea el nombramiento de dos secretarios, lo que se efectuó por medio de una gran mayoría para el primero y muy pocos votos y abstención de la mayoría para el segundo.

Era evidente que en la Sociedad existían dos tendencias, y la predominante tenía la generosidad de conceder un sitio en la mesa a la minoría.

Aunque las prácticas societarias y aun la ley vigente de sociedades no reclamaban la presencia de representante de la autoridad en las asambleas ordinarias y extraordinarias que celebran las sociedades en su propio domicilio, y como tal era reconocido el salón de la cervecería El Porvenir, acercóse a la mesa un polizonte en traje de caballero, dos individuos del cuerpo de orden público, con uniforme, se pusieron a la puerta, y se desparramaron por el local varios hombres de extraña catadura que nadie conocía como socios y en cuya antipática fisonomía se adivinaba su afiliación a la secreta.

Constituida la mesa y aprobada el acta de la anterior, se dio lectura de una comunicación de la Comisión Ejecutiva del Pacto de las Ocho Horas, en que se anunciaba que dicha corporación se componía de la representación de numerosas sociedades obreras federadas, se proponía operar un movimiento general para la imposición de la jornada de ocho horas en el próximo 1.º de Mayo, y pedía a la Sociedad de Carpinteros su adhesión y el nombramiento inmediato de dos delegados.

La lectura fue oída con profunda atención. Se hubiera oído el vuelo de una mosca, y los rostros de los concurrentes daban claras muestras del interés que el asunto les inspiraba.

El presidente declaró que se abría discusión para la toma en consideración del documento.

Pidió la palabra uno que manifestó pertenecer a la Comisión Administrativa de la Sociedad, en nombre de la cual dijo que, habiéndose recibido aquella comunicación con carácter urgente, y careciendo de atribuciones para resolver sobre asunto tan grave, la Comisión había convocado aquella asamblea extraordinaria para que la Sociedad en pleno resolviese.

La asamblea asintió con su silencio.

Visto que nadie pedía la palabra en pro ni en contra, preguntó el presidente si se tomaba en consideración.

Todos, excepto los polizontes, levantaron el brazo en señal afirmativa; se conocía que los congregados no querían perder tiempo.

El presidente anunció que se abrían tres turnos en pro y tres en contra para discutir la proposición contenida en el documento, y tres oradores de cada bando pidieron la palabra.

La minoría se declaró en pro; era anarquista y quería provocar por la huelga general una situación violenta, de la cual esperaba se produjesen incidentes graves que serían como la iniciación de la revolución social. A juicio de los oradores de esta fracción, la evolución precursora de la realización de los grandes ideales emancipadores del proletariado estaba ya terminada: la pérdida absoluta de la

fe, el descrédito de todos los partidos políticos, el acaparamiento burgués del capital y de todos los medios de producir, la aplicación de la mecánica a la producción y el estado de envilecimiento moral y material a que los trabajadores se ven reducidos, que coincide con el movimiento universal que los lleva a organizarse y a determinar claramente sus propósitos emancipadores, son motivos poderosos para rechazar la contemporalización y la aceptación de vanas promesas y no dejan otra vía que la lucha.

La mayoría combatió la proposición, pertenecía a ese socialismo que, acaso injuriando la memoria de Carlos Marx, se llama marxista y quería manifestación pública en vez de huelga. Sus oradores declararon que no era tiempo aún de apelar a esos extremos, faltaba preparación; los trabajadores carecían aún de la ilustración necesaria para comprender sus derechos y no tenían los recursos necesarios para sostener la huelga.

Mientras los unos tendían la mirada más allá y consideraban la huelga general por las ocho horas como un simple pretexto, los otros la tenían como un objetivo ideal fuera de la realidad positiva del momento.

La táctica de la mayoría fue imprudente; había inutilizado al compañero Prats, único orador de fuerza que poseía, colocándole en la presidencia, y los otros eran de segunda fila.

Tocóle el turno a Justo Vives, que con voz vibrante y enérgico además, exclamó:

–¡Compañeros! A juzgar por lo que dicen los que combaten la proposición, no es oportuno exigir hoy el goce de nuestros derechos, ¿pero lo será más tarde? Yo lo niego rotundamente. La base de su argumentación es falsa y constituye además una injuria al proletariado: dicen que no está suficientemente ilustrado, pero los hechos demuestran que en las condiciones en que el proletariado vive no puede esperar más ilustración con el transcurso del tiempo, porque, notadlo bien, y desafío a todos los sofistas a que destruyan mi afirmación, cada día que pasa la ilustración es más imposible para el obrero. Bien es verdad que la ciencia progresa; cierto es que cada día nos sorprenden nuevos descubrimientos científicos; pero esa ciencia es para los privilegiados, no para nosotros, para quienes cada descubrimiento trae consigo una nueva máquina y con ella un nuevo excedente del obrero artista, del obrero práctico, del que había hecho de su oficio juntamente con su honradez un baluarte desde el que defendía con tesón y con garantía de éxito su vida en la lucha por la existencia. Esos progresos traen para nosotros la sustitución del obrero por la mujer y por el niño, y por consecuencia miseria, emigración y muerte. No es tiempo aún, dicen; nos falta preparación, y esto cuando por un movimiento espontáneo

se preparan a la lucha todos los trabajadores del mundo civilizado, y cuando todo aplazamiento solo puede producir desaliento entre los nuestros y mayor preparación para nuestros enemigos. Ved a qué queda reducido el oportunismo de esos oportunistas. Considerad además si es oportuno desechar, con el pretexto de falta de preparación, una proposición en que la mayoría de las sociedades obreras de la ciudad nos ofrecen un pacto para la lucha, y digo la mayoría por no decir la totalidad, ya que hoy están convocadas las sociedades que faltan adherirse y seguramente le aceptarán todas. De modo que la Sociedad de Carpinteros, que tiene un nombre honrado en la historia de las reivindicaciones obreras, ha de renunciar a su pasado, ha de claudicar en el momento supremo, ha de abandonar a sus compañeros que luchan por la emancipación de todos. ¿Quién que tenga sentido común, amor a sus compañeros de trabajo y fe en las promesas redentoras del progreso rechazará, invocando un falso oportunismo, la oportunidad que se nos presenta? No se trata de imponer las soluciones de una escuela determinada, sino, por el contrario, de coincidir en una acción común por el común interés todos los trabajadores, dejando aparte los exclusivismos que nos dividen, aunque otra cosa digan algunos que encubren con exageradas declamaciones sus propósitos de alcanzar un acta de diputado.

Estas palabras promovieron enorme confusión de gritos, protestas, aplausos y hasta síntoma de colisión, por lo que

el delegado de la autoridad, levantando el bastón, amenazó con disolver la reunión.

Justo Vives reclamó y obtuvo silencio, y dijo:

–No alborotemos, compañeros. Aquí hemos venido a ejecutar nuestra libre e inteligente voluntad: se nos invita a tomar parte en un movimiento universal de la clase trabajadora, porque todavía hay clases y es natural que los que trabajamos vayamos contra la clase holgazana: no se nos solicita como socialistas autoritarios, anarquistas, colectivistas ni comunistas, ¿puede la Sociedad de Carpinteros permanecer quieta y sosegada ante sus hermanos de Europa y América que quieren afirmar su protesta ante la explotación de que somos víctimas? ¿Hay algún carpintero aquí presente que sea capaz de contestar por escrito a la Comisión del Pacto, que la Sociedad de Carpinteros se halla bien bajo la dependencia burguesa y que no quiere celebrar un pacto libre y emancipador con sus compañeros de trabajo? ¿Dónde está el que sea capaz de tal infamia que nos cubriría a todos de ignominia?

Con este apostrofe terminó Justo Vives su discurso, y con imponente ademán paseó su mirada por la asamblea, fijándola por último en el presidente.

Pasaron algunos momentos en silencio; ni un aplauso, ni una voz, la asamblea se abstenía de toda clase de exteriorización de sus pensamientos: cada concurrente,

reconcentrado en si mismo, se preparaba a dar un voto en conciencia.

El presidente dijo:

–Se han consumido ya los turnos en pro y en contra y nadie tiene pedida la palabra. Se va, pues, a declarar terminada esta discusión. ¿Declara la asamblea el asunto suficientemente discutido?

–¡Sí! –dijeron muchas voces.

–Ahora se procederá a la votación en la forma ordinaria, si no hay quien proponga otra forma de votación.

La asamblea permaneció silenciosa.

–Los compañeros que acepten la proposición de que la Sociedad de Carpinteros forme parte del Pacto de las Ocho Horas se servirán levantar el brazo.

En un primer impulso votó en pro la fracción que al principio vimos en minoría, y gran parte de los de la mayoría que hacían ostentación de independencia; el resto, al ver a Prats levantar el brazo desde la presidencia, se decidió a votar en pro.

El presidente proclamó el resultado:

–¡Aprobado por unanimidad!

II

HIJO Y MADRE

De regreso a su casa, Justo Vives entabló con su madre el siguiente diálogo:

–Madre, la Sociedad acaba de acordar la huelga. El día 1.º de Mayo no iremos a trabajar, y además me han nombrado individuo del Comité.

–No me place lo primero ni te felicito por lo segundo –dijo la mujer.

–¿Por qué?

–¡Ay hijo mío! Abandonamos nuestro pueblo porque en él se nos había privado de los medios de subsistencia, y aquí, que los habíamos hallado buenos y con cierta facilidad, nosotros mismos nos creamos los obstáculos.

–Juzga usted muy superficialmente: las circunstancias que nos rodean obran sobre nosotros de una manera fatal e ineludible.

–A tí te parece así porque te dejas dominar por la pasión que te inspiran tus ideas y careces de experiencia.

–Me causa profunda pena oír a usted expresarse de ese modo; pero ya que así lo piensa prefiero que lo manifieste con franqueza, porque de este modo es más fácil que lleguemos a entendernos.

–Yo no quiero, hijo mío, mortificarte lo más mínimo. Bien sabe Dios que tu felicidad es el único fin de mi vida, y causarte la más leve pena lo considero como la mayor desgracia que pueda sucederme.

Reconozco además que estos sentimientos míos hacia ti no son solo resultado del amor maternal, sino como un tributo a lo que mereces por tus bondades. Me complazco en reconocerlo: eres un modelo de bondad filial.

–Pues si es así, ¿cómo censura usted que contraiga compromisos por lo que usted llama la pasión por mis ideas?

–No sé, hijo; dispensa la incoherencia de mis pensamientos. Quizás tengas razón al decirme que juzgo superficialmente; pero ya que para tí soy toda amor, y

sacrificio si es preciso, he de hablarte también con franqueza absoluta.

–No deseo otra cosa, y ya sabe usted que siempre me he inspirado en la más franca sencillez.

–Pues óyeme: allá en el pueblo, al paso que te distinguías como buen hijo siempre, primero como niño aplicado y luego como trabajador, laborioso y activo, chocabas contra las costumbres y los sentimientos de todos, y esto naturalmente produjo al principio separación y aislamiento y más tarde hostilidad y guerra. Fijamos aquí nuestra residencia, y al poco tiempo te veo mezclado en otros asuntos más graves, porque afectan a pasiones más violentas y a mayores intereses, y si aquello nos produjo un mal que pudo tener fácil remedio, no sé qué será de nosotros aquí que no hay remedio posible.

–Es, querida madre, que hay una bondad pasiva y que yo llamo cristiana, que consiste en sufrir el mal sin resistencia creyéndose libre de toda complicidad en él, y otra virtud activa y revolucionaria que juzga la pasividad como una complicidad indirecta, que se concede a cambio de una tranquilidad relativa, y si la primera parece lícita a una madre desinteresada de las luchas de la vida y que solo anhela como único ideal la felicidad de su hijo, no lo es en manera alguna para un hombre que, por fuertes que sean los lazos que por deber, por gratitud y por amor le unan a su madre, se considera también miembro de la gran familia

humana y se halla en comunión con las generaciones pasadas y se considera deudor de los beneficios que aquellas reunieron en la presente a las venideras, y, por tanto, no puede exceptuarse de contribuir a la gran obra del progreso.

–Eso es lo que no comprendo; tanto porque no penetra en mi entendimiento ni concuerda con lo que pienso, como porque no lo veo comprobado por lo que pasa en el mundo.

–¿Por qué no?

–Porque al contrario, lo que se ve es que todos y cada uno se inspiran en su propio interés, y el bueno es aquel que no hace daño al otro, no como tú quieres que sea, que a lo que parece entiendes la bondad en sacrificarte por todos, sin ver que ese mismo sacrificio es desagradecido, inutiliza tus esfuerzos y reduce al imposible tu ideal.

–No, madre mía; ni todo el mundo se inspira en el egoísmo, como usted dice, ni tampoco la bondad revolucionaria es un quijotismo inútil. Para desvanecer ese error me basta recordar a usted los desinteresados sacrificios hechos por muchos individuos generosos en bien de todos, que como única recompensa obtuvieron la ruina, la persecución y la muerte.

–Está bien, hijo mío; tú sabes lo que te conviene y lo que nos conviene.

Obra con entera libertad y aquí tienes a tu madre, que solo sabe sentir por tí y para tí.

–Eso es: siempre pasividad, víctima siempre; y para que la lucha sea más costosa y dura he de llevar adelante el objetivo de mi vida acibarada por el sentimiento de causar penas a mi madre.

–No, hijo querido; no te preocupe ese sentimiento; déjame ser como soy, ya que es imposible que sea de otro modo.

–Ni desconozco los derechos de la propia personalidad ni pretendo imponerme a nadie, lo que deseo es que todos se enaltezcan por el pensamiento y no se sometan a la rutina ni se anulen por el abandono.

–Yo veo, hijo mío, que cada uno tenemos una naturaleza esencial distinta, y es preferible que, siendo cada uno lo que somos, concordemos y nos unamos en lo que tenemos de común, que es nuestro mutuo amor de madre y de hijo.

Dios es más sabio que nosotros, y cuando nos dio la distinción de la propia personalidad, como tú dices, y la unión de los sentimientos, creó una armonía que es más racional que ese exclusivismo que nos impele a influir el uno sobre el otro, para ver quién es el que logra imponerse.

–Acepto esa especie de transacción que usted propone y

respeto el origen divino que le atribuye, aunque yo no puedo concederle más que el carácter de racional.

–¡Ay hijo mío! Basta en esta especie de pacto he de ver la imposibilidad de establecer un acuerdo entre nuestros pensamientos, porque tu razón niega mis creencias.

–Pues no quiero, madre mía, terminar dejando en pie el germen de una división entre quienes como usted y yo no pueden formar unidad más perfecta en la vida, y para disiparla la entrego esta legítima esperanza: obremos cada cual como quienes somos y practiquemos la virtud tan perfecta como la comprendamos, que el resultado no puede ser menos que una justicia práctica y una verdad tangible para ambos, o no existe justicia en el universo. ¿Estad usted conforme?

–Sí, hijo mío, y Dios te bendiga –dijo la señora Jacinta estrechando a Justo Vives contra su pecho y cubriéndole de besos.

Justo Vives había experimentado las contrariedades de la lucha por la existencia. Todavía en la infancia perdió a su padre, y su infeliz madre, para vivir y para criar y educar a su hijo tuvo que someterse a los más duros trabajos y a las mayores privaciones, alcanzando aquella virtud heroica que se exige a la viuda pobre, que todo el mundo explota, que nadie protege, y a quien, si acaso no llega al heroísmo exigido, tratan todos con el mayor desprecio. Situación

crítica es esta para la mujer, pero de la que siempre sale honradísima en grado eminente, y esta fase de su existencia es tan noble y meritoria, que destruye por si sola todas las preocupaciones que mantienen esclavizada a la mujer y justifica la esperanza de su emancipación. En tan precario estado la educación de aquel niño distó mucho de ser esmerada: fue el más corto tiempo posible a la escuela, y cuando lo permitió su desarrollo físico, se puso a aprendizaje de carpintero.

Hombre ya, vivía allá en su pueblo como pájaro enjaulado, falto de espacio donde desarrollar la actividad propia de su pasión y de su inteligencia. Las costumbres de la población pequeña no le atraían: la sencillez primitiva y rayana en barbarie de sus jóvenes paisanos le era repulsiva, y la malicia disfrazada hipócritamente con el respeto a lo tradicional que alardeaban las gentes de mayor edad le repugnaban.

Entre aquellos extremos, que forman estado para cada uno de los individuos, según que no alcancen los treinta años o pasan de ellos, no había término medio donde pudiera colocarse prudentemente un hombre que, por la lectura de periódicos liberales y de algunas obras de la literatura moderna trabajosamente adquiridas, se había iniciado en la vida del movimiento, de la lucha y del progreso.

Franco y libre en sus ideas, chocaba Justo Vives con la casi

prehistórica y fosilizada moralidad de sus paisanos: para los jóvenes era antipático, porque le creían orgulloso: para los viejos, y viejo se es allí desde treinta años en adelante, era mirado poco menos que con horror, porque le consideraban impío. Claro está: nuestro joven no bailaba, ni tiraba la barra, ni se emborrachaba, ni formaba parte de las rondas nocturnas, ni requebraba a las mozas; por otra parte no iba a misa, ni pujaba en la subasta piadosa en honor de la fiesta del santo patrón, y en la oficina de correos se recibían para él libros y periódicos que, según decía el cura párroco, eran heréticos e inmorales.

La señora Jacinta, así se llamaba su madre, sufría repetidas sugerencias de las personas influyentes para que amonestase a su hijo y le inclinase a la buena senda: pero la pobre mujer respondía invariablemente:

–¡Pero Dios mío! ¿Qué quieren ustedes que haga yo? Mi hijo no falta a ninguno de sus deberes, es trabajador, me entrega su jornal, me respeta y ama entrañablemente y es un hijo perfecto; además, respeta a todo el mundo, no se mete con nadie, antes por el contrario, hace todo el bien que puede, y ya saben ustedes cómo con riesgo de su vida salvó la del señor Juan en el incendio de su casa y la del hijo del escribano cuando se ahogaba bañándose en el río.

La réplica de los entrometidos aconsejadores iba sazonada con los más burdos distingos de la dialéctica de la ignorancia:

–¡Sí, ya verá usted!... –¡Tiene usted razón, pero...! –¡Eso sí, pero lo que yo veo es...! –¡El muchacho parece que no ha roto un pinto en toda su vida, pero mire usted...!

Y lo que había en el fondo y constituía los motivos de queja es que los mozos estaban resentidos porque Justo Vives no se reunía nunca con ellos y no quiso tomar parte en cierta francachela en que se consumió gran cantidad de vino, se insultaron dos de ellos y el ofendido hirió mortalmente a su ofensor; que paseándose un domingo por el camino se encontró con el cura y el boticario, y, amonestado por el primero, se enredaron en una discusión en que Justo Vives dijo resueltamente que su razón rechazaba los dogmas de la Iglesia católica, apostólica, romana, dejando humilladas la teología del uno y la trasnochada filosofía del otro; que en otra ocasión que su madre tenía dificultad para pagar el alquiler de la casa respondió a las palabras inconvenientes que la dirigió el propietario con un correctivo mezclado con ideas subversivas sobre el derecho legal de propiedad, y esto no podía tolerarse en un pueblo que, salvo los atropellos propios de la juventud, los trastornos causados por la usura, la perturbación ocasionada en las familias por amoríos ilícitos y otras frioleras por el estilo había estado siempre como una balsa de aceite.

El resultado fue que careciendo de bienes otorgados por la ley en perjuicio de otro, antes por el contrario, perteneciendo al número de los que la ley despoja para que

otros los usurpen, no tenían Justo Vives y su madre más remedio que depender de los que se les mostraban enemigos o les imponían como condición de vida la anulación de la conciencia y la transigencia con el mal y el error. Era preciso cubrirse con la máscara de la hipocresía o perecer: lo primero era imposible y además inoportuno; Justo Vives había soltado ya demasiadas prendas y había herido muchas susceptibilidades, y por otra parte era harto serio para aceptar un disfraz, que tampoco hubiera engañado a nadie: lo segundo no podía aceptarlo quien como Justo Vives se sentía con bríos y entusiasmo para la lucha.

Madre e hijo resolvieron abandonar aquel ingrato pueblo que les vio nacer y que tan injustamente les repelía y se dirigieron a la capital.

Instalados en ella, encontró trabajo en seguida en una gran fábrica situada frente por frente de su vivienda.

Su aptitud para el trabajo fue bien conocida por el jefe de su sección, y su compañerismo y sociabilidad la apreciaron debidamente sus compañeros, que le propusieron inmediatamente su ingreso en la Sociedad, lo que Justo Vives aceptó con satisfacción y gratitud.

III

ORIGEN DE UNA PASIÓN

El nuevo burgués de Justo Vives era un lobo encanecido en la explotación, según el lenguaje de los obreros, o un industrial laborioso e inteligente, al decir de algún gacetillero que había tenido necesidad de publicar su nombre con motivo de algunas huelgas ocurridas en su casa. Esta diferencia de lenguaje, expresiva de conceptos tan opuestos, cosa tan frecuente en la vida, da lugar a que muchos espíritus superficiales no den a la idea de justicia más alcance que la de conveniencia y crean que la verdad es cosa accidental y dependiente del punto de vista.

Tenía aquel un hijo de edad ya de veinte años, que en la universidad se preparaba para luchar con ventaja por la vida. Único heredero de un rico industrial, cursaba la carrera de abogado, la más favorecida en España, como se muestra por el hecho de ser la que en los años que llevamos de

régimen parlamentario ha dado mayor cantidad de personajes ilustres.

Y cabalmente a eso tiraba aquel burgués: por eso decía, haciendo gala a su modo de sus ideas liberales: «Ya que yo, falto de letras, he alcanzado una fortuna por mi trabajo, quiero que mi hijo, que la encuentra ya hecha, sea letrado e ilustre mi apellido, llegando por su ilustración a una posición brillante.»

El joven Antonio no tomaba a gran empeño satisfacer los deseos de su padre: era elegante, aficionado a francachelas, más asiduo al billar que a la cátedra, y si bien no podía decirse que había perdido ningún año, en cambio entre sus camaradas se murmuraba que su aprobación se obtenía casi siempre merced a ciertas recomendaciones que no hablan muy alto en favor de la incorruptibilidad de los tribunales examinadores.

Justo Vives le conoció a los pocos días de trabajar en la fábrica, en ocasión de venir acompañado de unos amigos, a quienes enseñaba el establecimiento, y la impresión que le produjo fue deplorable. Dirigida la fábrica por un inteligente ingeniero, se efectuaba el trabajo por la mecánica en cuanto de ella podía usarse, asociada a un sistema de prudente división: así había diferentes secciones destinadas a la sierra, al labrado y al taladro; otras al ajuste, y una final a pulimento o última mano de las piezas.

De allí salían lo mismo el servicio de puertas y ventanas de una casa en construcción, que los muebles ordinarios o finos del menestral o del aristócrata.

En la sección de pulimento se hallaba Justo Vives, y en ella oyó al burguesito y a sus amigos expresarse de este modo:

–¿Qué os parece? –dijo Antonio a sus amigos.

–¡Chico, esto es una viña! –dijo uno.

–¡Mejor que eso! ¡Esto es una fábrica de moneda!

–No puedo quejarme. Mi padre ha dado a esta industria, antes reducida a una vida raquítica, una extensión extraordinaria, y es seguro que solo en el extranjero podría hallarse un establecimiento igual, y acaso no se encuentre ninguno superior.

–Yo te felicito por ello –dijo el primer interlocutor.

–Y yo me asocio a la felicitación, deseándote a la vez salud y buen humor para que des aire a las peluconas que esto produce –repuso el otro.

Las maravillas del trabajo no podían excitar demasiado la admiración de aquellos muchachos, acostumbrados a considerarle como una carga para los de inferior categoría social y un medio que produce recursos para su vida disipada y viciosa, así que pronto variaron de conversación, sin

importarles nada que alguno de los trabajadores pudiera oírles.

–Se ha notado tu falta al billar por tres tardes consecutivas. ¿Se puede saber qué la motiva? –preguntó a Antonio uno de sus amigos.

–Algún nuevo plan de conquista de seguro –interrumpió el otro.

Antonio, afectando una actitud maliciosa y picaresca, dijo:

–A vosotros no puedo ocultaros nada. La verdad es que tengo una vecina hermosísima, y aunque es ya antigua en el barrio, hasta hace pocos días no me he dado cuenta de que merece el honor de que quien se precie de buen caballero no pase a sus ojos por descortés y desatento.

–¡Ya decía yo!

–¡Pobre chica!

–¡Bah! Eso según se mire –replicó Antonio.

–Puedo decir que no es pobre, porque es hija única del propietario de la casa de enfrente, en cuyo primer piso habitan, y él es un carcamal que está en disposición de entregar la casa al primer yerno que se presente.

–¡Por supuesto que la herencia de la casa no será tu

principal objetivo! –dijo con maliciosa sonrisa uno de los amigos.

–De ningún modo. Eso lo dejo para algún amigo que necesite redondear su fortuna, en debida recompensa por el mérito que contraiga legalizando la situación en que quede mi vecina si logro lo que deseo.

Los tres amigos rieron la gracia.

Justo Vives, que oyó todo perfectamente, se indignó ante la repugnante insinuación de su burguesito y la complacencia de sus adláteres, y a no haberse estos alejado de allí, de seguro que hubiera faltado a lo que se llaman las conveniencias sociales en honor a la justicia y a la decencia. Justo Vives salió del trabajo aquel día dolorosamente impresionado. Había oído al burguesito y a sus amigos expresar en cínico lenguaje el destino que se da a las riquezas acumuladas por el trabajo.

–Sacrifica –pensaba– toda la actividad que puedes desarrollar, transforma la primera materia en productos necesarios para la vida, renuncia a tu libertad desde el toque de la campana de la mañana hasta el de la noche, ten cuidado de que el vigilante mayordomo no te sorprenda tomando un breve descanso o hablando con un compañero si quieres evitar que te dirija soeces insultos o te despida, quedándole privado de todo medio de vida, y considera después que la riqueza producida de este modo se

distribuye dándote un miserable jornal con el que vives en déficit constante, mientras el amo, que no trabaja, que ni siquiera sabe trabajar, que no toma tampoco una parte inteligente en el negocio, porque para eso tiene montada una administración que efectúa las compras, las ventas y sirve los pedidos, amontona riquezas con las que se da tono de gran señor, da una carrera brillante a su hijo y le prepara una cuantiosa herencia, con la que entrará luego a disfrutar de la vida sobre la base de una propiedad que la ley y las instituciones sociales protegen y garantizan, aunque represente el despojo de cuantos trabajadores han contribuido a formarla. Y como el mal es generador de males, crea el vicio, y con él, a la par que arrastra a la corrupción a la persona que toma como protagonista de maldades, corrompe y degrada a todos los que con él han de relacionarse. Bien lejos estará de pensar ese joven de quien aquel monstruo hablaba que las promesas que la hace y los sentimientos que la manifiesta encubren el vil propósito de la deshonor y el abandono.

Discurriendo de este modo entró Justo Vives en el portal de su casa, y al dar los primeros pasos en la escalera vio salir de la puerta del primer piso una hermosa joven, elegantemente vestida, que al pasar a su lado le saludó con amable expresión, desapareciendo con paso breve y gracioso.

Quedó nuestro joven parado algunos instantes.

Desvanecieronse sus pensamientos ante sensaciones indefinidas que le asaltaban súbitamente. Parecía que su ser moral había sufrido rápida transformación, porque en el momento mismo que llenaban su pensamiento tristes consideraciones de acerba censura contra una injusticia que reduce a tantos miles de trabajadores a la mísera condición de esclavos, vio cuadros de inefable felicidad que su imaginación le desarrollaba con extraordinaria riqueza de detalles. El límite de sus aspiraciones se ensanchó en asombrosas proporciones, como si después de vivir en estrecho valle hubiese sido elevado repentinamente a la cima de altísima montaña, donde remotos horizontes hubiesen mostrado a su vista no soñados panoramas llenos de lozanía, brillantez de luz y color y exuberantes de vida.

Su madre notó su estado de abstracción y con amable solicitud le preguntó:

–¿Qué tienes, Justo?

–¡Nada! –respondió maquinalmente.

–No puedes negarme que algo grave te preocupa –insistió la buena mujer–. Pero si no crees prudente ni oportuno confiarlo a tu madre, respetaré tu silencio.

Justo Vives dio una expresión sombría a su rostro; se conocía que una idea siniestra le había causado impresión dolorosa.

–¿Sabe usted quien es –dijo– una joven que ha salido ahora mismo del piso principal?

–Sí, en ese piso vive el casero con su hija, y ella será seguramente la joven que has visto. ¿Por qué lo preguntas?

Jacinta tenía vivos deseos de saber qué era lo que de aquel modo preocupaba a su hijo, a pesar de haber manifestado que se hallaba dispuesta a respetar su silencio.

Por su parte Justo Vives acababa de concebir la sospecha de que aquella era la víctima que su burguesito deseaba sacrificar, y esto le taladró la fibra más delicada de su sensibilidad. Las risueñas perspectivas que momentos antes acariciaba desvaneciéronse para ser substituidas por negros abismos de horror y desesperación. Se sintió poseído de ardiente amor por aquella joven, a quien un muchacho corrompido por el goce de riquezas adquiridas por la explotación, destinaba a ser lanzada al abismo de la deshonra, después de haber servido un instante de instrumento de una pasión infame. Ya no basta que el trabajador se vea despojado de su parte en los bienes naturales que la naturaleza ofrece espontáneamente a los hombres, sin límite ni tasa, sin excepción de razas, naciones ni categorías; ni que se halle destinado a perpetua ignorancia en medio de ese progreso científico acumulado por el estudio y la observación de todos los pensadores pasados y presentes; ni que quede reducido a la penosa esclavitud del jornal y a la privación de los más elementales

derechos, aunque hipócritamente se le declara ciudadano en las constituciones políticas; ha de ser además, ultrajado y vilipendiado en sus más nobles sentimientos, y ha de contemplar con estúpida pasividad como los poseedores del dinero se atreven a todo y ante sus envilecidos esclavos se dan el carácter de amos.

Jacinta observaba a su hijo y deseaba conocer la causa de aquella abstracción que le dominaba, y visto que su anterior tentativa no había dado resultado, le instó de nuevo, diciendo:

–Cuanto más grave sea lo que suceda a un hijo más derecho tiene su madre para saberlo. Cuando dos personas se hallan unidas por sentimientos o intereses como los que a nosotros nos unen no tiene una de ellas el monopolio de sus penas ni de sus alegrías particulares sino que han de sentir en común. Yo veo que te aflige una pena y reclamo mi parte en ella, tanto para aliviarte como para darte algún consejo que acaso te abra nuevas vías y dé solución favorable.

–No es que haya querido, madre mía, guardar con usted inútil reserva, sino que necesitaba yo mismo, conocer la extensión del dolor que me abrumba. Yo he visto esta tarde insultado el trabajo por unos mozalbetes que fundan su soberbia y sus vicios en una riqueza formada con nuestro sistemático despojo; he oído a uno de ellos, el hijo de mi burgués, manifestar el deseo de seducir y abandonar luego

a una niña inocente, y creo que eso mismo ha hecho brotar el amor en mi corazón. Aquí tiene usted explicado en breves palabras ese algo extraordinario que ha notado al verme.

Jacinta, que conocía bien el carácter enérgico e inflexible de su hijo, vio en aquella sencilla relación el principio de una pasión avasalladora, lo que, complicado con las cuestiones de trabajo, anunciaría un período de luchas y peligros, por lo que dirigió a su hijo algunas recomendaciones prudentes, inspirándole tranquilidad y esperanza.

IV

EL 1.º DE MAYO

El día 1.º de Mayo no acudió nadie al trabajo.

Fábricas y talleres estuvieron cerrados todo el día.

Desde las primeras horas de la mañana una multitud vestida de gala llenaba las calles y se dirigía a los sitios céntricos, con el ánimo cada cual de ser espectador del extraordinario acontecimiento, sin darse cuenta de que por esto mismo se daba en espectáculo y pasaba a la categoría de actor. Veíase en todos los semblantes una expresión de alegría y notábase como los primeros síntomas de un entusiasmo de origen desconocido. Los amigos se saludaban con más efusión que la ordinaria, estrechábanse la mano más afectuosamente: los desconocidos se hablaban con cierta franqueza que a las pocas palabras tomaba el

aspecto de intimidad. Se presentía como el génesis de algo extraordinario: muchas inteligencias inspiradas por una sola idea, infinitos corazones latiendo a impulsos de un mismo sentimiento forman un estado moral colectivo, precursor de grandes acontecimientos, a semejanza de aquellos estados naturales, mejor expresados por los poetas que por los naturalistas, que preceden a las grandes manifestaciones de la potencia de la naturaleza.

Fiesta sin programa era aquella, pero por lo mismo animadísima en extremo.

No acudía la gente a las calles a oír músicas, a admirar arcos y colgaduras ni a presenciar el ya gastado repertorio de los festejos oficiales, sino a animarlas con la propia exhibición, a iluminarlas con los destellos de la íntima alegría, a darlas animación y vida con el desborde del propio entusiasmo.

No se celebraba una fiesta religiosa en que la mecánica sucesión de los días del calendario señalase con la precisión matemática del reloj el nombre de un santo o de un mito que nada decía ya a una multitud influida por la propaganda atea y librepensadora; no se tributaba tampoco un recuerdo a aquellas glorias nacionales en que la razón solo considera batallas y victorias que, tanto como pudieran ser beneficiosas para el orgullo de los vencedores, eran desventajosas y humillantes para los vencidos; allí se glorificaba lo que antes y siempre habíase considerado

como vil, a pesar de que a ello debían la vida colectividades e individuos. ¡Se honraba el Trabajo! Y esto con carácter universal; porque todos sabían que en todas las naciones, lo mismo en los grandes centros de actividad que en las poblaciones secundarias, en todos los idiomas del mundo civilizado se profería este sacrosanto grito: ¡Viva el Trabajo!

Sabíase que algunos intentaban quitar espontaneidad y animación a aquel grandioso espectáculo, reservándose para organizar una manifestación el próximo domingo, pero esos mismos que con el pretexto de un mezquino oportunismo querían quitar grandiosidad al movimiento, se rieron arrastrados por la corriente general, faltaron al trabajo aquel día y se lanzaron también a las calles.

Las sociedades del Pacto de las Ocho Horas, sin previo acuerdo, pero con unanimidad espontánea, salieron en corporación casi a la misma hora de sus respectivos domicilios sociales y se dirigieron por las vías principales a la plaza central de la ciudad, y aunque no llevaban ningún distintivo fueron conocidas y saludadas por la muchedumbre.

Así una masa compacta de hombres que apareció formada de cuatro en cuatro, fue reconocida como la Sociedad de Albañiles.

–¡Vivan los obreros albañiles! –gritó la multitud, prorrumpiendo en una salva de aplausos.

Vinieron luego los tejedores, siguieron los zapateros, a continuación comparecieron los tipógrafos, los sastres, y por último todas y cada una de las sociedades obreras, cerrando aquella improvisada procesión la Sociedad de Carpinteros, en cuyo seno vimos a nuestro amigo Justo Vives.

El entusiasmo iba en aumento, los aplausos atronaban el espacio y la emoción dominaba a todos, lo mismo a gente que se apiñaba en las calles que a la que ocupaba los balcones, donde las señoras agitaban los pañuelos saludando a las sociedades de trabajadores que transitaban, como si la idea de igualdad impregnase la atmósfera y su influencia subyugase a todos.

Cuando ya no podía esperarse nada que aumentase la alegría y el entusiasmo dominante hubo un importante detalle que puso el colmo a tan agradables sensaciones: los trabajadores del campo de las inmediaciones, aunque no estaban asociados, tuvieron la inspiración de reunirse los de varios pueblos y presentarse corporativamente en la ciudad precedidos de un rojo estandarte. Su aparición fue acogida con un inmenso clamor. Ya no era alegría y entusiasmo lo que se sentía; era algo que tomaba un carácter indefinible, y que si hubiera sido posible darle un nombre por medio de un plebiscito, de fijo hubiera sido reconocido unánimemente con el nombre de la felicidad.

Se ha dicho que no hay felicidad duradera, triste

afirmación que se comprueba por la experiencia respecto del pasado y del presente, aunque solo los pesimistas tengan la osadía de hacerla extensiva a lo porvenir, y respecto de la alegría ocasionada por la Fiesta del Trabajo pronto empezaron a notarse los síntomas de la negra reacción.

Un fuerte piquete de soldados a caballo apareció en la principal avenida que conducía a la plaza central; numerosas patrullas comenzaron a recorrer las calles, y grandes destacamentos de tropas se situaron en diversos puntos: la consigna parece que era efectuar el inmediato despejo y dejar libre la circulación, a juzgar por las repetidas órdenes dadas a la multitud acompañadas de amenazas y brutales maneras.

Aquella multitud que se entregaba a inocentes expansiones fue insultada por la brusca aparición de la fuerza pública, y como todo el que recibe la sensación de una contrariedad en el momento que experimenta las dulzuras del placer, no puede menos de expresar su disgusto por una manifestación, que puede ser un gesto, una exclamación o una palabra, la muchedumbre prorrumpió en un rumor de desaprobación que en ciertos puntos resonó en forma de agudos silbidos.

Aquellos guerreros, entusiastas por su sanguinario oficio, creyeron llegado el momento de ejercer su industria, y en un momento el primer piquete de caballería que se

presentó en escena se lanzó a la carrera, produciendo la perturbación, susto, carreras, gritos y atropellos que son consiguientes en estos casos.

La alarma cundió por todas las calles, cada cual procuró llegar a su casa lo más pronto posible, se cerraron las tiendas, y aquella ciudad en que momentos antes reinaba la alegría presentó rápidamente el aspecto de ciudad conquistada.

El que manda, no puede tolerar la concordia y la unanimidad en los mandados. No hay mayor peligro para lo que se llama más o menos impropiamente orden social, instituciones seculares y tradiciones veneradas que esas aglomeraciones de hombres unidos en una idea, aunque solo sea por el lazo de fugaz entusiasmo, porque esa unión forma una voluntad colectiva, y una voluntad que se constituye con la suma de todas las voluntades es como un ser potente capaz de arrasar en un momento una fortaleza, derrotar un fuerte y disciplinado ejército y profanar templos, derribar ídolos y confundir con sus ruinas la sangre de sus jerofantes; basta, para que la unión produzca tan terribles efectos, que ese ser colectivo se halle poseído de la idea de venganza por una serie de largos y penosos sufrimientos y por la aspiración de justicia.

La autoridad, originada en lo pasado, impone lo presente y mira siempre con prevención a lo porvenir.

Autoridad y libertad son dos términos antitéticos e irresolubles que la política, que presume ser la ciencia del gobierno, trata de sintetizar y resolver sin conseguirlo jamás, como lo prueban el confuso montón de constituciones y programas elaborados por los parlamentos y partidos de las naciones modernas de ambos continentes.

Un pensador moderno ha formulado este pensamiento en una frase gráfica, que pasará a la historia, como una señal que formará etapa en la vía recorrida por la humanidad en su marcha progresiva: «Solo hay dos maneras de gobernar a los pueblos: por la farsa y por la fuerza».

La fuerza se declaró de turno el día 1.º de Mayo, y ante ella el pueblo, que comulgaba en la universal alegría, se sintió indignado al verse atropellado bárbaramente por esa fuerza que se dice ser su defensa y garantía.

Esta indignación no se manifestó esta vez por un arranque violento que le impulsara a la resistencia, pero produjo ese sentimiento unánime de protesta que se condensa en la opinión pública y vale para la futura revolución más que el triunfo efímero de una revuelta popular; porque así como este, cuando es prematuro, conduce a una dictadura y a una reacción, aquella fortalece la conciencia, afirma el derecho y despoja de todo prestigio y por tanto de fuerza moral a la fuerza bruta.

Podrán algunos espíritus superficiales, y no faltaron en

aquella ocasión, murmurar del valor de las muchedumbres, diciendo, como se dijo, que cuatro soldados y un cabo bastan para espantar al populacho; pero el sentimiento de la propia dignidad, distribuido por la naturaleza con justicia equitativa, sin tener para nada en cuenta las categorías artificiales en que la sociedad se divide, se irguió potente contra la soberbia de los mandarines y de sus sayones, y cada hombre se separó con odio de la máquina autoritaria.

La población que se entregó a la alegría por la mañana, pasó la tarde contrariada por la brutalidad gubernamental, y llegó a la noche airada por aquella ofensa.

Los cafés estaban cerrados, la Sociedad de Camareros había acordado solemnizar la Fiesta del Trabajo y ni uno solo faltó al acuerdo; no circulaban tranvías, ómnibus ni carruajes de ninguna clase, la Sociedad de Cocheros se mantuvo firme y unánime en el concierto obrero universal, y los cocheros domésticos descansaban porque sus burgueses no se atrevían a salir en coche; los teatros habían anunciado función para aquel día, pero los tramoyistas, comparsas, acomodadores y demás gente proletaria que no llega a la categoría de artista no se presentaron, y las empresas cerraron los despachos de billetes y pusieron el cartelito anunciando la suspensión.

Las calles estaban dominadas por civiles, municipales y polizontes, y solo circulaba corto número de transeúntes, en los que podía reconocerse que solo la urgencia de alguna

necesidad de familia o tal vez el desempeño de alguna comisión importante los impulsaba.

Los círculos, centros y casinos estaban cerrados: en ninguno había dependientes para el servicio, y en vista del aspecto que habían tomado las cosas, probablemente tampoco habría habido concurrentes.

El movimiento de ferrocarriles no llegó a interrumpirse, aunque estuvo en inminente peligro de ello, pero merced a importantes concesiones hechas por las Compañías a la Unión de los Trabajadores de ferrocarriles, sancionadas previamente por las comisiones de los diversos centros obreros nacionales, pudo conjurarse el conflicto.

Solo dos clases de asalariados funcionaron aquel día, los que viven a la sombra de la autoridad y de la religión, y esto es lógico que sucediera, ¿qué tienen que ver con el trabajo los que viven sin trabajar, y cuya misión consiste, por el contrario, en hacer que los otros trabajen por la fuerza o por la astucia?

En el seno de las familias se comentaban los sucesos del día: en las proletarias los hombres se hallaban poseídos de un sentimiento contradictorio de alegría y de rabia, porque comparaban la imponente majestad del movimiento popular de la mañana con la exhibición de la fuerza pública que la interrumpió después: los jóvenes se consideraban como iniciados en las ideas de regeneración y progreso, y

las mujeres sentían las dudas consiguientes acerca de las dificultades y peligros de lo presente.

Así transcurrió aquel famoso día tan desnudo por unos y temido por otros, que dejaba planteado un problema de solución necesaria y urgente. Día que mareará el principio de una época histórica: la era de la igualdad.

Entretanto, el procónsul que la centralización había delegado para que en la capital hiciera sentir la pesadez del pudor central, creyó todo apaciguado, y mandó un jactancioso telegrama al gobierno exagerando el peligro que las instituciones, el orden y la propiedad habían corrido en los pasados sucesos, para que resultase patente el inmenso servicio prestado, con lo que se veía bien claro que presentaba un memorial pidiendo mercedes y recompensas.

El contraste no podía ser más chocante: la libertad, magnánima y grande, trataba de la justificación universal, mirando a lo pasado, a lo presente y a lo porvenir; la autoridad, mezquina y miserable, exageraba sus hazañas para solicitar una despreciable propina.

V

LA COMISIÓN DE LA HUELGA

En el instante en que el sol lanzó sus primeros rayos sobre el horizonte, el estampido del cañón recordó que aquel día se celebraba la fiesta nacional del Dos de Mayo; pero lo que en años anteriores era motivo de alegría, mirábase a la sazón con la mayor indiferencia.

Nuevas ideas y otro género de necesidades vinieron a poner de manifiesto que los grandes sacrificios que nuestros antepasados realizaron por la independencia, aunque coronados por un éxito glorioso, no pasaron de obtener un resultado relativo; porque en la patria del Trabajo, no limitada ya por las fronteras de los actuales estados, sino que se extiende en comunión universal por todo el mundo civilizado, existe triunfante y dominante una dependencia que es preciso combatir y vencer a toda costa.

Estas ideas tenían ya un símbolo glorioso, la horca de los

mártires de Chicago: no podían esperar su satisfacción en los ideales políticos, por cuanto la República norteamericana, calificada de modelo por los radicales españoles, se deshonró convirtiéndose en verdugo servidor de la burguesía; habían sofocado ya el patriotismo antifrancés, porque el proletariado universal se sentía honrado por la *Commune* de París, y si la autoridad municipal de Móstoles declaró la Patria en peligro, la *Commune* proclamó este programa revolucionario: «La tierra al agricultor, el instrumento de trabajo al obrero y el trabajo para todos». Además, un Congreso Obrero Internacional en París había fijado la Fiesta Universal del Trabajo en 1.º de Mayo.

Amanecieron ocupados militarmente los puntos estratégicos, recorrían las calles patrullas de infantería y caballería, y aunque a la hora ordinaria las fábricas tocaron la campana nadie acudió a su llamamiento: no circulaban coches, carros ni tranvías; en los mercados se presentó escaso número de proveedores forasteros, y las mujeres acudieron a hacer sus compras con precipitación y visibles deseos de retirarse pronto a sus casas. En los centros obreros constituyéronse en sesión desde las primeras horas del día los comités y las comisiones, y la Comisión del Pacto de las Ocho Horas, reunida en local reservado, mantenía activa relación y correspondencia, mediante las más prudentes precauciones, con las sociedades federadas.

En las fábricas y talleres presentáronse comisiones que mostraban a los burgueses para su aceptación, la tarifa de las ocho horas, todas uniformes, y en las que, aparte de las condiciones especiales que exigía el tecnicismo de los respectivos oficios, dominaban estas exigencias: ocho horas de trabajo con el mismo jornal para cada uno de los obreros; para compensar la pérdida de tiempo a los obreros a destajo, estos habrían de percibir un aumento de 20 por 100 sobre las tarifas antiguas.

Justo Vives, en unión de otros dos compañeros, se presentó en la fábrica de López, donde trabajaba, a reclamar en nombre de la Sociedad de Carpinteros la firma de la tarifa. Recibiólos el mayordomo, que vivía en la fábrica, y les dijo que el principal se hallaba fuera de la capital; pero habiéndose enterado el burguesito de la pretensión de los comisionados, los llamó al despacho, con la pretensión sin duda de dar muestras de capacidad y suficiencia.

Manifestado su objeto por la comisión, dijo el joven burgués:

–Mi padre está ausente, pero tengo autorización para disponer lo que crea conveniente a los intereses de la casa, y en su virtud debo decir a ustedes en primer lugar que no reconozco para nada a esa sociedad en cuyo nombre vienen ustedes a imponérseme.

El tono insolente en que fueron dichas estas palabras

hubiera irritado a los comisionados, si no les contuviera la consideración de que allí habían de obrar, no por inspiración propia, sino de conformidad con la representación que llevaban.

Justo Vives, a pesar de la repugnancia que le causaba tratar con aquel hombre, repuso:

–No tratamos de imponer nada, sino de sustraernos a la imposición que el capitalista ejerce sobre nosotros y tratar de igual a igual. En cuanto a que usted no reconozca a la sociedad que nos protege y que constituye nuestra fuerza, debo recordarle que se halla al amparo de la ley y reconocida por la autoridad competente. Podemos mostrar a usted nuestro reglamento autorizado con el sello del gobierno civil. Ya que siempre se habla de los privilegios en nombre de la ley, también queremos hacer constar que esa misma ley nos protege. O se la respeta en todo caso, o que se arregle cada cual como pueda: o herrar o quitar el banco.

–Será como usted dice –contestó el burgués–; pero yo mando en mi casa, y en la dirección y arreglo de mis negocios no admito la intervención de nadie.

–Pues nosotros –replicó Justo Vives– somos dueños de nuestra actividad y de nuestra inteligencia, y no la cederemos sino mediante condiciones, no diré que nos favorezcan, sino que no sean tan onerosas como en las que hasta aquí hemos trabajado.

–¡Qué locura! –dijo el burgués–. Ni ustedes pueden tener medios para prolongar una resistencia, ni tampoco obran con arreglo a lo que reclama la gratitud para quienes les dan el pan de cada día.

–¡Así razonan siempre los explotadores! –exclamó Justo Vives–. La soberbia de creerse invulnerables porque disponen de esas riquezas que acumulan a costa de nuestros sudores; después la falsa idea moral que les persuade de que los esclavos a quienes explotan les han de estar constantemente humillados como si fuesen seres de naturaleza inferior.

–Recuerdo a ustedes que están en mi casa y que no deben dirigirme ese lenguaje ofensivo –dijo el burgués con impertinente altanería.

–Tiene usted razón –dijo otro de los comisionados–, es inútil que tratemos de persuadirnos mutuamente de las razones en que se fundan nuestros opuestos intereses: en este momento solo se trata de pedir a usted, en nombre de la sociedad que nos ha comisionado, que firme nuestra tarifa, en la seguridad de que, si lo hace, mañana a las siete tendrá aquí todo el personal que anteayer trabajaba; de lo contrario no vendrá hasta que usted tenga a bien declarar que está dispuesto a firmarla.

–¡No! No la firmo; pero conste que si ustedes logran su objeto y otro día hubiera de firmarla, me reservaría el

derecho de aceptar o desechar los obreros que tuviera por conveniente –dijo el burgués con visible intención de aludir a Justo Vives, que de los comisionados era el único que trabajaba en aquella casa.

–La Sociedad de Carpinteros –replicó Justo Vives con gesto despreciativo– no aceptaría esa condición humillante para la colectividad y vejatoria para los asociados.

–¿Quién puede negarme el derecho de admitir en mi casa a quien sea de mi gusto o despedir a quien me desagrade?

–La Sociedad puede, no negar ese derecho, pero sí limitarle a condiciones justas.

–¿Qué justicia puede haber en esas limitaciones?

–Más que la que existe en las privaciones y en el despojo que sufrimos los trabajadores.

–¡Váyanse ustedes de mi casa! –dijo el burguesito con voz irritada por la cólera–. Y yo le aseguro –añadió dirigiéndose a Justo Vives– que usted no volverá a entrar en ella.

–Hemos dicho a usted al principio de nuestra entrevista –dijo el otro comisionado que hasta entonces había permanecido en silencio– que nosotros veníamos en nombre de la Sociedad de Carpinteros a tratar con el dueño de esta casa de igual a igual, y por consiguiente si usted no admite a uno de nosotros tenga por seguro que no vendrá

a trabajar ningún compañero nuestro, no ya porque no firme usted la tarifa, sino aunque nos ofreciera jornal doble por la mitad de la jornada, y calcule usted el negocio que hará sin obreros a quienes explotar.

Justo Vives miraba fijamente al burguesito y le dijo:

–Joven, días pasados se manifestó usted ante mí como un cínico y hoy se manifiesta como un explotador y un tirano: cuide usted de que no llegue un día en que haya de postrarse ante mí rendido y avergonzado como un miserable. ¡Compañeros, vámonos de esta casa!

Y salieron sin dar lugar a que el soberbio burgués pudiera lanzar algunas palabras que desahogaran su rabia.

La población mostraba un carácter siniestro. Circulaba muy poca gente por las calles. Decíase que en algunas fábricas habían estallado petardos, que la autoridad civil había resignado el mando en la militar, que pronto sonaría el cañonazo de alarma y que inmediatamente se proclamaría el estado de sitio; hablábase de prisiones de trabajadores por el llamado delito de coacción contra otros que habían intentado volver al trabajo, y corría el rumor de que en un paseo de las afueras se habían dado cargas de caballería contra imponentes grupos de huelguistas, ocasionando muertos y heridos.

Así siguió todo el día hasta que a las primeras horas de la

noche se oyó el cañonazo de alarma, y en seguida se distribuyeron por toda la ciudad fuertes piquetes de soldados que proclamaban la ley marcial y fijaban el bando de la autoridad militar en las esquinas.

Este suceso pareció como la señal del triunfo de la burguesía: en ciertas calles donde habitaban poderosos fabricantes o americanos enriquecidos por la infame trata de negros fue saludada con aplausos la publicación del estado de sitio, y todos los paseos y calles principales fueron invadidos por los coches de propiedad particular. La burguesía respiraba mientras el proletariado se veía amenazado por la fuerza pública. La imprevisión ha predominado entre los satisfechos, y un triunfo, por efímero que sea, ha sido celebrado siempre como si fuera definitivo.

Mientras los centros obreros se cerraban por la autoridad con los más acentuados alardes de arbitrariedad, los casinos burgueses rebosaban de animación y alegría. Discutíanse en ellos las noticias del exterior y los sucesos locales, y cada uno de aquellos individuos proponía un plan de represión contra las demás obreras.

En los salones de El Fomento de la Industria se hallaba el burguesito Antonio López, y en un grupo de sesudos y graves burgueses, cómodamente arrellanados en sillones y balancines, exponía con la mayor exageración la manera con que recibió a la Comisión de la Huelga.

Si cada uno de aquellos burgueses no hubiese hecho lo mismo al referir como gloriosas hazañas lo que no pasaban de episodios sin importancia y a veces al contrario vergonzosas humillaciones, tal vez hubieran creído las falsedades que hilvanaba aquel joven burgués; pero es cosa sabida que en ninguna parte queda la verdad en su punto más que en una reunión de embusteros: ya pueden todos y uno por uno mentir en alabanza propia todo lo que quieran, que al cabo cada cual sabe hacer el oportuno descuento y reduce las exageraciones a su justa proporción. Al contrario de lo que el embustero se propone, cuanto más se exalta, más necio y presuntuoso se muestra ante los que le conocen. Así le sucedió a nuestro burguesito y tan despreciable éxito logró entre aquella gente que le aplaudía y le prodigaba los más calurosos elogios.

Justo Vives se retiró a su casa cuando terminó sus obligaciones de aquel día y vio que sus compañeros hacían lo mismo, tanto para proporcionarse el necesario descanso como para tranquilizar a su madre, y se acostó revolviendo su pensamiento la multitud de ideas y sentimientos que le embargaban por completo.

Dormía tranquilamente cuando a las altas horas de la noche se oyeron fuertes golpes a la puerta de la habitación.

Madre e hijo se despertaron sobresaltados, se vistieron y abrieron a la intimación de que se abriera a la autoridad.

Unos polizontes armados penetraron en la habitación, registraron toda la casa y se llevaron a Justo Vives, dejando a su infeliz madre en el mayor desconsuelo.

De este modo se complicaba la situación de nuestro protagonista, entraba en la senda de persecuciones que según ley histórica han de recorrer los que se interesan por el bien de la humanidad y se cumplían las tristes predicciones de Jacinta.

VI

LA INOCENCIA PERDIDA

Con la prisión de Justo Vives quedó en mísero estado la pobre Jacinta. Faltábale la luz de su vida, que era la vista de su hijo: no alegraba ya aquella morada la gentil presencia del mancebo, ni inspiraba dulce tranquilidad el reposado y reflexivo aspecto de su rostro hermoso y varonil. La cárcel era en aquellos días la rival de la honrada vivienda. En nombre de la justicia, el hombre recto, el hijo cariñoso, había sido privado de libertad y arrojado al sitio destinado a recibir la escoria social.

Harto frecuente esta profanación de la justicia, solo produce en el común de las gentes una vana protesta individual que se expresa por esta exclamación: «¡Cosas del mundo!» Y cada cual dirige un concepto de lástima hacia la

víctima y sigue su curso como si se tratara de un mal irremediable; a tal punto ha llegado a dominar un escéptico pesimismo que nos convierte a todos en víctimas y cómplices del despotismo.

Al sufrimiento moral unía Jacinta la perspectiva de la miseria, porque viviendo exclusivamente del jornal de su hijo, la falta de este le privaba de todo medio de subsistencia. En el primer momento acudieron algunas vecinas a consolarla al mismo tiempo que a indagar noticias con que saciar su excitada curiosidad, pero luego se encerró cada una en los límites de su egoísmo y dejaron a la infeliz que se arreglase como pudiera.

La señorita del primer piso fue una excepción: Pepita, que este era su nombre, subió a casa de Jacinta, la consoló cariñosamente, la hizo importantes ofrecimientos, la socorrió con una cantidad y prometió visitarla cada día, rogándole que le correspondiese también con su visita cuando tuviese gusto y oportunidad para ello.

Respecto de Justo Vives pudo también tranquilizarse la infeliz madre al saber que la Sociedad de Carpinteros había acordado costear la habitación de preferencia, el mantenimiento de los presos y el socorro de sus familias, además de obrar de acuerdo con las sociedades del Pacto de las Ocho Horas para el socorro solidario de todos los compañeros presos.

Cuando el joven fue puesto en comunicación corrió su madre a visitarlo, y después de referirse cada cual el modo de salvar la situación que las circunstancias les presentaban, se animaron mutuamente, expresando la esperanza de que pronto cesaría aquel estado excepcional. Por su parte Justo Vives recibió con alegría la noticia de las relaciones entabladas entre su madre y Pepita, para quien la recomendó la expresase la más viva gratitud.

Era Pepita una joven inexperta, para no incurrir en la vulgaridad de llamarla inocente. La inocencia coincide con la ignorancia en los primeros años de la vida, cuando aún no se tiene idea de la lucha que ha de sostenerse y si se desconoce la clase de enemigos con quienes ha de luchar; después puede perderse la inocencia y perseverar la ignorancia, y en este caso se halla la inmensa mayoría de los ignorantes. Por esto creemos justificada la distinción entre estas dos ideas, y juzgamos necesario hacer notar esta coincidencia, aunque solo sea para desvanecer la preocupación que considera la inocencia como una virtud cuando solo es un estado pasajero de nuestra existencia, ya que no hay uno solo de los mortales, por depravado y criminal que sea, que no haya sido inocente.

Tenía la joven una educación mediana, la que se da en esos colegios que abastecen de conocimientos, convencionalismos y preocupaciones a las jóvenes de la burguesía y las preparan para el matrimonio de

conveniencia, única misión que en nuestra sociedad se concede a la mujer de mediana posición; es decir, sabía leer novelas, escribir cartas con pésima ortografía, conocía el catecismo, tenía nociones de historia sagrada enmohecidas por falta de uso a causa de su inutilidad, y sabía coser y bordar lo suficiente para ponerse al corriente de la moda y según lo exigía el culto de la propia hermosura y del amor propio. Falta del cariño y de los consejos de una madre, y con un padre adusto, atento siempre a su negocio, que consistía en la administración de la casa de su propiedad y en que habitaba y en los manejos de la bolsa, Pepita llegó a la edad de las pasiones totalmente desprevenida, cuando su hermosura era un peligro y en la época en que las mujeres juegan la suerte del amor, especie de lotería en que puede sacarse un marido rico, virtuoso, pobre o vicioso, y también en que puede resbalarse por la pendiente que lleva a la miseria y a la prostitución.

Era hermosa, esto lo sabía de cierto, pero nadie se lo había dicho hasta que el vecino de enfrente, primero por señas, luego por una cartita y después con las palabras más delicadas de nuestro idioma se lo dijo. La noticia no podía sorprenderla y ninguna sensación le hubiera causado si a ello no hubiera añadido la manifestación de un amor inmenso y las promesas más seductoras. La infeliz creyó al pie de la letra cuanto le decía aquel joven rico, elegante, hermoso y bien educado, porque en su inexperiencia no podía comprender que quien reunía tan excelentes

cualidades fuera un fermentado capaz de fingir tan grandes sentimientos.

La inocencia hasta aquí corría pareja con la inexperiencia; pero desgraciadamente, como ya hemos indicado, sin la vigilancia materna y con la libertad que le concedía un padre burgués y de la categoría de los agiotistas, corría inminente peligro de perder la inocencia y adquirir una dolorosa y tardía experiencia.

La astucia y la habilidad del joven burgués asediaban la débil resistencia de la muchacha, y sucedió lo que era natural que sucediese: sucumbió la inocencia, o mejor la inexperiencia, y aquel mal hombre pudo referir una nueva conquista ante aquellos amigotes que le rodeaban y envidiaban su fortuna.

Satisfechas las aspiraciones del joven pronto abandonó a su víctima, y la infeliz Pepita comprendió entonces que había caído en un abismo de desgracia, de donde ya no saldría jamás. A nadie podía pedir consuelo ni consejo, su aislamiento era infinito y eterno; con un padre que no podía comprenderla y que la maldeciría en cuanto conociese su falta, sin madre, hermanos, parientes ni amigos, ¿cómo repararía la afrenta que le había inferido su infame seductor?

No hay escuela como la adversidad, y en ella aprendió Pepita sublimes lecciones. La niña frívola y caprichosa que

había entrado en la vida sin previo conocimiento de ella y sin la dirección inteligente y amorosa de quien le sirviera de guía y complemento se deslizó por funesta pendiente, y una sociedad cristiana que coloca la caridad por encima de todas las virtudes y que rinde culto a un Dios que se hizo hombre para redimir a los pecadores, la despreció; no vio en ella una oveja descarriada que vuelve al redil, no quiso reconocer que un ser dotado de sentimiento e inteligencia, riquezas vitales que pueden siempre dar óptimos frutos, pudiera regenerarse, y en vez de tenderle una mano la abismó en la deshonra. Dada la duración ordinaria de la vida, desde los 18 años hasta su muerte, que pudiera retardarse aún durante largos años, solo produciría dolor, lágrimas, miseria, aquella que podía aún dar vida a nuevos seres y con ellos alegría, ciencia, trabajo y por tanto progreso indefinido y multiplicado hasta lo infinito: todo había quedado reducido a la creación de un paria más que aumentaría el número prodigioso de los que ennegrecen con los horrores del mal la existencia de nuestra civilización.

Como el náufrago que se agarra a un cuerpo flotante, Pepita se arrimó a Jacinta. Aquella infeliz mujer, que no tenía más amparo que su hijo encerrado en la cárcel, que sufría como ella, aunque de ella se diferenciaba en que nada le reprochaba su conciencia, era la única que podía comprenderla, manifestarle interés, tal vez abrirla una vía de salvación.

Cuando Pepita adquirió plena certidumbre de su abandono y se sintió madre, se decidió por fin, y con la expresión del más profundo dolor expuso a Jacinta su estado.

Esta revelación anonadó a Jacinta, que vio con ella, desvanecida la única esperanza de felicidad para su hijo, toda vez que conocía la pasión que por la joven sentía. No podía dar consuelo la que para si lo necesitaba, y no podía tampoco hablar con franqueza por las circunstancias excepcionales en que se hallaba; así que se limitó a inspirarla tranquilidad y esperanza, ofreciéndose a servirla con cariño en cuanto le fuera posible y reclamara su estado.

Pasaron días, y el trato frecuente entre la joven infeliz y la mujer bondadosa creó un afecto tan tierno y entrañable que llegaron a parecer madre e hija, al mismo tiempo que la relación constante de las aflicciones y las esperanzas del joven preso expresadas por la mediación de Jacinta que diariamente iba a la cárcel, llegaron a crear un sentimiento en Pepita que le era imposible definir, pero cuyos efectos se le manifestaban por dos órdenes distintos de demostraciones; por una parte asociaba el nombre de Justo Vives a unas ilusiones halagüeñas que su imaginación le presentaba con los más gratos colores, y por otra sentía hacia si misma el horror de quien hallándose envilecida intentase conseguir lo que solo es dado a quien ostentase altísima dignidad e inmaculada pureza. Desvanecida por

completo aquella alucinación que la sometió al brutal sensualismo de su seductor, ya no se acordaba de él ni aun para odiarle: su falta no tenía más alcance moral que una simple equivocación, pero sus resultados materiales eran terribles, porque ella que llevaba en sus entrañas fruto engendrado por un hombre, amaba a otro de quien le separaba un imposible.

Tal era la desesperada situación de la joven.

VII

LA CRISIS DE PEPITA

Se acercaba para Pepita el momento de la suprema crisis.

Los esfuerzos hechos para disimular su estado y retardar el momento de que su padre lo conociese eran ya inútiles, y una revelación era de todo punto necesaria.

Resuelta ya, y convenida con Jacinta para dar este paso, esperó Pepita el día señalado que su padre saliese de su habitación; pero pasó la hora acostumbrada y vio con extrañeza que no se presentaba. Luchaba entre los más opuestos sentimientos; cada instante que le separaba de aquella fatal revelación le parecían como plazos que se concediesen a un sentenciado a muerte, al mismo tiempo que ese retraso aumentaba su inquietud, porque tenía tristes presentimientos fundados en algo anómalo y extraordinario que había observado en días anteriores.

Tan violentas sensaciones angustiaban a Pepita, y, según la costumbre contraída, buscó consuelo en la inagotable bondad de la madre de Justo Vives.

–¡No me desampare usted! –exclamó la joven en cuanto aquella buena mujer se presentó en la casa.

–No, hija mía; en obsequio de usted no iré hoy a la cárcel a ver a mi hijo.

–¡Cuánta bondad! –exclamó conmovida la joven.

–Tanta como se merece, lo mismo por los consuelos y auxilios que me ha prestado usted al verme separada de mi hijo, que por el triste estado en que se halla.

Pepita derramaba en tanto abundantes lágrimas, pero rehaciéndose instantáneamente como quien adopta enérgica solución, dijo:

–No tengo derecho a privar a una madre de que lleve el consuelo diario a su hijo encarcelado, y por tanto descoque no falte usted por mí al cumplimiento de tan sagrado deber.

–No tenga usted cuidado por eso; ya he prevenido este caso, pidiendo a los buenos compañeros de la Comisión de Socorros que me excusen por hoy y que recomienden en mi nombre a mi hijo que tenga paciencia.

–¡Qué diferencia de conducta entre esos buenos

trabajadores y la de aquel infame burgués por quien me veo reducida a tan mísero estado!

Nuevas y copiosas lágrimas vinieron a demostrar que la joven se abismaba en su dolor.

Cuando este natural desahogo y las cariñosas palabras de Jacinta tranquilizaron a Pepita, volvió esta a sentir la extrañeza por lo tarde que su padre se levantaba, y dijo:

–No sé a qué atribuir la pereza que tiene hoy mi padre. Ayer me pareció que se hallaba muy agitado, no comió apenas y no quiso responder a las preguntas que le hice.

–Vaya usted a despertarle.

La joven entró en la alcoba de su padre y cortos momentos después lanzó un agudo grito.

Jacinta corrió a la alcoba y encontró a Pepita desmayada y tendida en el suelo.

Se esforzó en levantarla y recostarla en una silla y después de conseguido con dificultad fijó la vista en el lecho, se acercó y vio con asombro que el padre de Pepita estaba muerto.

Cuando la joven se recobró de su desvanecimiento dio expansión a las manifestaciones de su dolor en sentidos lamentos y sollozos.

Jacinta se encontró confusa y azorada, sin saber qué hacer ni cómo consolar y auxiliar a la joven.

Pepita por su parte experimentó tal angustia y desesperación, que parece como que se separase de la realidad de la vida para caer en un estado de insensibilidad precursor de terrible crisis, que podía producir la muerte o la pérdida de la razón.

Se disponía Jacinta a pedir auxilio a los vecinos, y en el mismo instante llamaron a la puerta. Abrió y se presentaron tres hombres que, después de preguntar por el dueño de la casa, dijeron que venían a practicar el embargo de los valores, escrituras de propiedad y mobiliario de la casa.

Jacinta les explicó lo que ocurría, y el funcionario de mayor representación ordenó a uno de sus acompañantes que diese parte inmediatamente al juzgado de guardia para que con toda urgencia adoptase las disposiciones oportunas.

Pepita seguía entretanto anonadada y en completo estado de inconsciencia.

La madre de Justo Vives tomó entonces la única resolución posible en aquellas circunstancias: dejó la casa al cuidado y la responsabilidad de aquellos hombres que se hallaban revestidos de autoridad, llamó a dos vecinas, y colocando a Pepita en una silla la subieron a su habitación.

Llamóse a un médico, que se presentó en seguida, y después de conveniente examen declaró que la joven se hallaba en estado gravísimo: la excitación nerviosa producida por la triste sorpresa que había experimentado, complicada con su embarazo, provocaría el aborto; pero el peligro era tanto que no respondía de su vida.

La situación era complicadísima. Presentóse el juez de guardia y, después de efectuado el embargo, confirmó el depósito de la enferma en casa de Jacinta y dispuso el sepelio del cadáver, dejando la habitación cerrada y sellada.

Jacinta, como depositaria de la enferma, recibió después notificación judicial de que todos los bienes que poseía el padre de su pupila habían pasado a ser propiedad del concurso de acreedores, a causa de haberse declarado la quiebra por efecto de un descubierto por cuantiosas sumas en que había quedado por sus últimas operaciones en la bolsa, y se le hizo entrega de algunas ropas y efectos que la ley exceptúa en estos casos.

Esto explicaba suficientemente lo que había motivado la catástrofe: el padre de Pepita, agobiado por el peso de su ruina, veía acercarse el plazo fatal sin poder dar cumplimiento a sus compromisos, y el trastorno terrible de sus facultades morales le produjo una congestión cerebral que le ocasionó la muerte instantáneamente. Así lo confirmó el dictamen del médico forense.

Hallábase Pepita en un estado tristísimo. Así como de un resto orgánico hallado en el fondo de las capas terrestres y descubierto por las excavaciones de investigador inteligente, el juicio va de inducción en inducción hasta la recomposición de una de aquellas grandes épocas que constituyen el génesis del planeta que habitamos, del mismo modo ante el lecho de Pepita se hallaban patentes los grandes problemas que agitan la generación presente: la ciencia era representada por un doctor de casa de socorro, joven, recién salido de la universidad y falto aún de aquel prestigio que permite el uso de coche y el disfrute de respetables honorarios; la naturaleza, con aquellos poderosos recursos que por modo infinito escapan al limitado conocimiento humano, aunque el estudio y la observación vayan ensanchando incesantemente esos límites; el sentimiento, asunto complicadísimo en este caso, por cuanto abarcaba el amor filial ante la pérdida de un padre, el amor maternal respecto del hijo que llevaba en sus entrañas, el odio hacia su seductor, el amor que había sentido iniciarse al hijo de la buena mujer que de protegida había pasado a protectora, y la pérdida de una posición libre e independiente, y la famosa cuestión social, por cuanto aquella infeliz se encontraba en el mundo sin familia, sin fortuna y sin tener nada que ofrecer en el mercado a cambio de lo indispensable para su subsistencia. La ciencia declaró por boca del médico que no respondía de la vida de la paciente; la naturaleza obraba por sus procedimientos misteriosos; el sentimiento daba treguas hasta que la

ciencia y la naturaleza concediesen oportunidad para desarrollarse; la cuestión social quedaba sin solución posible, solo prometía la miseria y la deshonra, si la muerte no se le anticipaba, o el paliativo de la beneficencia humana, va que no podía invocarse la caridad cristiana cuando los únicos protectores que hasta el momento tenía aquella infeliz no pertenecían a aquella comunión.

Como en todo lo que ha de ser un producto o un resultado, entra como factor importante el tiempo, este en breve espacio dio lugar a la sucesión de hechos que se esperaban: Pepita volvió a tener conciencia de si misma y de su estado sintiendo agudísimos dolores, que tuvieron término cuando dio a luz un niño que, reconocido por el facultativo, resultó no haber cumplido el término natural de su desarrollo en el claustro materno y estaba muerto.

Jacinta no quería, temerosa de los tristes efectos que pudieran sobrevenir, enseñar a la madre aquel tierno cadáver, pero el médico opinó que era conveniente darle aquella lúgubre satisfacción, juzgando que así podría desahogar mejor su aflicción y coadyuvar al trabajo de la naturaleza, y en virtud de este propósito, se le presentó aquel cadáver que aun no había llegado a vivir.

La pobre madre lloró, cubrió de besos aquel cuerpecito y se lamentó en sentidas exclamaciones que tocaban la fibra sensible de los que presenciaban la escena.

Recordó al mismo tiempo la muerte de su padre, y preguntó qué había sucedido, con el fin de rectificar o corroborar sus recuerdos, cuyas preguntas fueron satisfechas por Jacinta de modo, aunque velado, que la dejaron adivinar en el momento la inmensidad de su desgracia.

–¡Ahora puedo ya morir! –exclamó Pepita.

–Señora –dijo el médico–, mientras vive hay el supremo deber de la conservación.

–Además –dijo Jacinta–, no puede considerarse absolutamente aislada y abandonada; aun tiene usted quien la profese amistad y gratitud.

–Sí, ya lo sé, mi buena amiga; pero hay desdichas irreparables: habiendo caído en el abismo de la deshonor, abandonada por un seductor, pierdo en un día mi padre y mi hijo, ¿Qué puedo ya hacer en el mundo? ¿Qué puede ser la vida para mí que una carga maldita, un oprobio insoportable?

–Si mi consejo ha de ser aceptado, y para ello invoco la autoridad de mi profesión, recomiendo a usted la calma y el silencio. Dé usted esta satisfacción a la naturaleza en nombre de la ciencia, y lo demás lo resolverá el tiempo, principal elemento que resuelve todos los conflictos de la vida.

La enferma quedó en reposo y Jacinta atenta y cuidadosa, mientras que dos fuerzas poderosas, la juventud y la esperanza, obraban por el procedimiento misterioso que lleva a los más inesperados resultados.

VIII

EN LA CÁRCEL

Los presos obreros por los sucesos del 1.º de Mayo convirtieron la cárcel en una cátedra y en un apostolado.

Durante las horas de entrada venían a visitarlos las familias, amigos y compañeros, especialmente los días festivos, que afluía tan gran concurrencia que obligó a las autoridades carcelarias a adoptar algunas precauciones para que no se alterara el orden y no se escapara algún preso.

La Comisión de Socorros había montado el mantenimiento de los presos con abundancia, aseo y economía, y estos hacían vida común y juntaban a la propiedad de todos los regalos particulares que cada uno recibía. El excedente de la comida, el vino y el tabaco lo partían con los infelices del patio grande, que, agradecidos

a tantas y tan poco usadas bondades, prorrumpían en ruidosas manifestaciones de alegría cada vez que se les distribuía aquellos obsequios.

Había presos de distintos oficios y pertenecientes a las diversas agrupaciones que dan iniciativa, actividad y vida a esa inmensa colectividad nacida en nuestros días por el gran movimiento que creó La Internacional, y que después han formado esas distintas agrupaciones que se denominan partido obrero, organización regional anarquista, partido comunista, partido obrero oportunista, federación de las Tres Clases de Vapor, Federación de Toneleros, Federación de Tejedores Mecánicos, asociados a sociedades independientes de resistencia y también trabajadores sueltos que hasta entonces no habían pertenecido a ninguna agrupación.

Cuando salieron todos de la incomunicación, se reunieron por primera vez y se vieron protegidos por la gran colectividad obrera que sin diferencia de ideas ni de agrupaciones se condensaba en la Comisión de Socorros, los amigos y conocidos se abrazaron, y los que no se conocían intimaron estrecha y recíprocamente con todos, imponiéndose por unanimidad espontánea la privación del juego, no solo de interés, sino de mero pasatiempo; solo la escritura y la lectura podía servir de ocupación intelectual permitida a los individuos, y aun esta última había de hacerse en común para que con el trabajo de uno, que podía

alternarse por turno, pudieran ejercitar su entendimiento todos. La principal ocupación había de ser la conversación y la controversia, y para que esta aprovechara a todas las inteligencias se designaría cada día un compañero de orden que dirigiera las discusiones y se establecerían turnos en pro y en contra; un compañero escogido también diariamente entre el grupo de los reconocidos como hábiles para hacer el extracto de las discusiones levantaría un acta lo más detallada y arreglada posible, y otro, que el compañero de orden propondría a la asamblea para su aceptación entre los que hubiesen figurado en la minoría respecto al asunto en discusión formularía las conclusiones, y en el caso que mereciesen la aprobación unánime de la asamblea se condensarían en un manifiesto, de lo contrario se unirían a las actas como un documento más y todo junto se remitiría a los periódicos obreros para su inserción.

Este régimen no fue obra de una inteligencia predominante, sino que se formó de proposiciones sueltas de todos, era producto de las prácticas societarias que por la costumbre habían formado ya en los individuos lo que se ha convenido en llamar la segunda naturaleza.

En esta asamblea cotidiana o, mejor dicho, permanente se leía la prensa obrera y la burguesa, y de esta especialmente se hacía crítica de los artículos que por aquellos días dedicaban a la cuestión social los más reputados publicistas y hombres públicos. La discusión sobre este asunto ocupó

varias semanas, y su resultado se condensó en una serie de artículos con el título de «El 1.º de Mayo y la Burguesía», que vio la luz en *El Trabajador*, semanario exclusivamente redactado por inteligentes obreros. En estos trabajos se pusieron de manifiesto los errores de nuestros economistas, sus preocupaciones, la ineficacia de sus recargos para producir armonía entre los opuestos intereses de clase mientras las clases subsistan, y, a través de las galas literarias con que nuestros escritores burgueses suelen disfrazar su pobreza intelectual y el estado de decadencia de los explotadores y privilegiados, quedó triunfante la aspiración emancipadora del proletariado.

Leyéronse en común las obras más notables que representan el movimiento obrero, y todas ellas eran juzgadas, comentadas y criticadas, unas veces interrumpiendo la lectura de los pasajes más culminantes, otras cuando se terminaba la de una obra.

Alternada la lectura sociológica con la puramente literaria, filosófica y recreativa, figuraron en el catálogo las obras más distinguidas del repertorio moderno, siendo de notar que se traducían de viva voz las obras francesas, inglesas, alemanas, portuguesas e italianas, que pasaron también por el alambique del juicio de aquella asamblea de pensadores proletarios, capaces de admirar y comprender las maravillas del ingenio, la profundidad de la observación, la elevación de los pensamientos a la par que la galanura del lenguaje

con que primorosamente tantas bellezas se hallaban expresadas.

Los compañeros que por sus aficiones particulares o con motivo de su oficio habían adquirido algún conocimiento especial, solicitaron turno para establecer una serie de conferencias, donde, con ingenua sencillez, sin afectación de ninguna clase y con la mayor o menor facilidad de palabra que cada cual poseía, se trataron diversos temas: un joven impresor expuso un curso completo de gramática, un pintor dio nociones generales de dibujo y colorido, un tintorero trató sobre química, un albañil dio interesantes noticias sobre la historia de la habitación humana, nuestro amigo Justo Vives disertó sobre las cualidades de las diferentes maderas, su geografía y aplicaciones, y otros varios expusieron diferentes asuntos asaz instructivos, no faltando quien amenizase alguna velada con cuentos y narraciones imaginativas en que la asamblea se entusiasmaba con los hechos notables de algún trabajador, sufría con sus sufrimientos, se indignaba por la avaricia de algún burgués y reía con las chabacanas de algún cursi sietemesino de esos que consumen en vicios y ridiculeces lo que sus padres atesoraron por la explotación.

En aquella tensión intelectual constante los ignorantes se ilustraban, los débiles se fortalecían y todos adquirían nuevo vigor y mayores bríos para dedicarse al trabajo redentor que ha de apresurar el advenimiento de la

suspirada revolución social.

Al contrario de lo que acontecía con todos los demás infelices privados de libertad en aquella casa, cuyos sufrimientos corrían parejos con los remordimientos o con el desarrollo de perversas pasiones, los de la Academia Carcelaria, como se llamaba en la cárcel aquella sección, sentían no haber hecho bastante para merecer la prisión, y, sintiéndose dichosos en ella, se proponían emplear su futura libertad en desarrollar hasta lo sumo su actividad revolucionaria.

Las familias de los presos, viéndolos tan bien acomodados a su situación, perfectamente asistidos por la solidaridad obrera y, lo que era más extraño, hasta relativamente felices, se habían conformado también y esperaban tranquilamente el ansiado momento de la libertad.

Si la soberbia autoritaria fuera compatible con el raciocinio, bien hubiera podido comprender el autor de la persecución sufrida por aquellos trabajadores lo improcedente de tal sistema; es verdad que por el momento se estorbó la realización de los designios revolucionario del proletariado, ya que los mismos procedimientos se cumplieron casi universalmente; pero poco se perdió con ello, porque si bien es verdad que resultó fracasado el movimiento, en cambio aquella vaguedad de táctica y de procedimiento tan poco en armonía con la indestructible fijeza de los principios y de las aspiraciones,

se convirtió en solidez para los movimientos futuros. Había desunión y aun antagonismo entre las diversas colectividades obreras antes de la persecución, y por medio de ella lograron entenderse, respetarse mutuamente y despojarse de perjudiciales exclusivismos los más activos e inteligentes, mientras la masa general se unía por la solidaridad para socorrer la desgracia bajo la atinada gestión de la Comisión de Socorros, que inició una suscripción general en que tomaron parte las colectividades obreras, los trabajadores de las fábricas y talleres y la generalidad del público, sin exceptuar muchos burgueses, de modo que mientras la autoridad se ofrecía a la consideración pública revestida del carácter de brutal y tiránica, todo el mundo simpatizaba con los perseguidos, se inclinaba hacia sus ideales y protestaba contra la arbitrariedad gubernativa. Los perseguidos se hallaban alentados y sostenidos por la totalidad de sus compañeros; sus familias no echaban de menos el jornal del padre, del hermano o del hijo encarcelado, al paso que el gobierno se hacía odioso y aparecía como el único culpable.

Estas consideraciones inspiraron la idea de un manifiesto firmado por todos los presos obreros, después de reflexiva discusión, que a título de documento curioso nos complacemos en insertar en estas páginas.

Decía así:

A los trabajadores.

Compañeros:

El 1° de Mayo será de aquí en adelante la fecha más gloriosa en los anales de la humanidad, porque comprende en si la justificación de lo pasado y las reivindicaciones de lo porvenir: es la Fiesta del Trabajo y también el anuncio del triunfo de la Justicia. El infeliz esclavo de las pasadas épocas históricas que llevaba sobre si el peso de la satisfacción de las necesidades de sus señores a cambio del látigo, de la abyección y de la muerte se honra el 1.° de Mayo; los desheredados de la actual civilización, los que a pesar de las llamadas conquistas democráticas son los sucesores de los antiguos esclavos y sufren privaciones y miseria, esperan que la aurora del 1.° de Mayo precederá al sol esplendente de la Libertad y de la Igualdad.

Tiemblen los detentadores de los bienes comunes, defraudadores de lo que corresponde a los desvalidos, a los míseros trabajadores, porque cada 1.° de Mayo, hasta el triunfo de la Revolución Social, se levantarán sus víctimas a pedirles cuentas de los bienes naturales, del cúmulo de ciencia, de arte, de trabajo, en fin, elaborado por todas las generaciones pasadas que indebidamente usurpan, y cada 1° de Mayo que siga a aquel futuro y fenomenal suceso recordará eternamente que en el mundo hubo una clase infame de gentes que, a cambio de un despreciable jornal que para ganarse se

necesitaba el empleo de cuanta fuerza física e intelectual es capaz de desarrollar el hombre, despojaba a los trabajadores del fruto de su trabajo, amontonaba riquezas fabulosas y se entregaba con ellas al vicio y a la corrupción.

La parcialidad con que los gobiernos de todos los países han procedido contra nuestros hermanos de ambos mundos, ametrallando, acuchillando, ahorcando, encerrando en las cárceles y aun sujetando a la barra de los barcos de guerra a dignísimos trabajadores, prueba que solo existe vinculada la autoridad como un monopolio más en esa misma clase usurpadora y enemiga nuestra, por tanto también esa misma autoridad será enfrenada en 1.º de Mayo, si no es, como piensa una parte importante del proletariado, que haya de ser absolutamente abolida.

Fortalezcámonos cada uno de nosotros en el conocimiento de nuestro propio derecho, agrupémonos según nuestras mutuas afinidades, pacten para la acción común nuestras respectivas colectividades, y unidos en aquello en que todos coincidimos, quedando libres todos en lo que pueda separarnos, vayamos sin dudas ni vacilaciones al 1.º de Mayo que tan gloriosa misión le está señalada.

Si la voz de los que están encerrados en triste cárcel por haber defendido los derechos del trabajo tiene algún

título a vuestra consideración, os rogamos salga de la indiferencia el que aún esté sometido a ella, que se agrupe a la organización obrera de su preferencia, y desde allí contribuya en la medida de sus fuerzas a la destrucción del privilegio.

Salud y emancipación social,

Cárcel de... Mayo de 189...

(Siguen las firmas.)

Diez meses pasaron en la cárcel aquellos dignísimos trabajadores, al cabo de los cuales vino la orden de la excarcelación, tan arbitraria e injustificada como había sido su encierro.

La Comisión de Socorros tuvo noticia anticipada de tan fausto suceso, y para el día señalado, que era domingo, avisó oportunamente a las sociedades obreras.

A la hora indicada los alrededores de la cárcel se hallaban atestados de una multitud inmensa de trabajadores que se habían dado cita para tributar una ovación a sus queridos compañeros.

Apenas el grito de «¡arriba con lo que tengan!» les franqueó las puertas de la cárcel y se presentaron en la calle, una explosión de alegría y un nutridísimo aplauso brotó de aquella multitud, que al honrar a los que habían

sufrido persecución por la justicia, se honraba a si misma, mostrando que sabía cumplir los deberes que la gratitud impone.

IX

VISLUMBRE DE FELICIDAD

En cuanto Justo Vives se vio libre y pudo desprenderse de las repetidas y ardientes felicitaciones de sus amigos, corrió a su casa impulsado por los más contradictorios sentimientos. Deseaba abrazar a su madre, temía bailarse en presencia de Pepita y no acertaba cómo presentarse ante aquella infeliz mujer a quien solo vio breves instantes, por la que sentía un violento amor y cuya desgracia era tanta que en poco tiempo había perdido su inocencia, su honra, el hijo de sus entrañas, su padre y su fortuna.

Al llegar a su calle vio la fábrica donde había trabajado, y se le representó a su imaginación el fracaso del movimiento de las ocho horas, tan generalmente emprendido como torpemente dificultado por la intervención de la autoridad

y quizás también por la inexperta dirección de los encargados de llevar la jefatura del movimiento; consideró también que allí estaba aquel joven burgués, infame y depravado, que había arrastrado por el lodo el ídolo de su amor, y esta consideración le hizo sentir el estremecimiento de la ira y el ardor de la vergüenza.

Contestando con breves palabras a las felicitaciones que le dirigieron los vecinos que encontró al paso, subió apresuradamente las escaleras y llamó a la puerta de su habitación. Salió a abrir su madre y al reconocer a su hijo exclamó:

–¡Hijo de mi alma! –y se arrojó en sus brazos con tan extraordinaria emoción, que si Justo Vives no la hubiera sostenido de seguro hubiera caído al suelo.

–¡Madre querida! –dijo Justo Vives al mismo tiempo que estampaba cariñosos besos en su venerable rostro y la conducía al interior de la habitación, después de cerrar la puerta para evitar la indiscreción de las vecinas.

Jacinta, que no se saciaba de mirar a su hijo poseída de radiante alegría, cuando se hubo serenado un poco y dado expansión a los primeros transportes, llevó a su hijo a la alcoba donde se hallaba Pepita convaleciente de su pasada crisis, y trémula también por la emoción que de todo su ser se apoderó al enterarse de que allí se hallaba el hijo de su generosa protectora.

–¡Mírale, Pepita! –dijo Jacinta, que, sin darse cuenta de ello y tal vez inspirada por la alegría y por el amor, tuteó a Pepita por primera vez. Cuando se dio cuenta de ello quiso rectificar, diciendo: –¡Ay, Jesús! ¡Qué digo! ¡Mírele usted!

Pepita se había incorporado en la cama y arreglado un poco las ropas, y sin atreverse a levantar los ojos, con el rostro tenido de vivo carmín, dijo:

–Felicitó a ustedes con todo corazón por la alegría que experimentan, y ruego a usted, señora Jacinta, que ese tratamiento que en un momento irreflexivo ha empezado a darme no lo retire; me he hecho la ilusión que me hablaba mi madre, y ya que no la conocí, ya que tan dulce nombre no he podido dirigirle a la que me dio el ser, déjeme usted recrearme con el consuelo de ser tratada como hija por la que en mi desgracia ha venido a ser mi segunda madre. Yo no anhelo más que ser hermana del buen hijo que acaba de recobrar usted en este instante, aunque me mata el pensamiento de ser indigna de tanta felicidad.

–Señora, como usted puede suponer, por mi madre estoy enterado de todas sus desdichas, y así como he sentido viva gratitud por los generosos auxilios que la dispensó en los primeros momentos, he sentido con todo mi corazón las desgracias que la han abrumado. Mi madre la ha tratado a usted como hija, es usted, pues, mi hermana y me complazco en hacer esta declaración.

–Ningún derecho tengo a tanta bondad –dijo la joven pronunciando con dificultad estas palabras a causa de su continuado llanto.

–Sí, hija mía. Eres buena y por lo tanto digna de compasión y asistencia, y si no te la dispensásemos, sobre nosotros caería la mancha de la ingratitud e incurriríamos en la nota de positiva indignidad.

–Tiene razón mi madre, señora. Además la desgracia aproxima a los que escoge como sus víctimas, y tanto usted como nosotros no podemos, sin manifiesta infracción de las leyes naturales, exceptuarnos del apoyo mutuo.

–Ya lo ves, Pepita. Estás en tu casa, mi hijo lo acaba de confirmar. Consuélate y pronto te hallarás completamente restablecida; luego con el trabajo de todos iremos saliendo, hasta que en uso de tu libertad que nunca coartaremos en lo más mínimo, dispongas lo que juzgues conveniente.

Madre e hijo salieron de la alcoba después de agotar el repertorio de las palabras cariñosas para conseguir el consuelo y la tranquilidad de la joven, y se entregaron a dulce plática acerca de los sufrimientos pasados y de sus proyectos para lo porvenir.

Justo Vives se sentía poseído de las más violentas sensaciones. Amaba a Pepita y dudaba si debía estimular o sofocar esta pasión, y en la duda trataba de resolver en su

juicio, con la ayuda del caudal de ideas adquiridas por el estudio, la resolución que debía adoptar. Difícil estado el de aquel que dominado por una pasión trata de hallar una verdad, porque aquella es por sí un peso enorme que impide que la balanza del juicio se ponga en el fiel de la imparcialidad, aunque si bien se considera, si la pasión estaba de una parte, las preocupaciones sociales pesaban de otra. Puede el amor inclinar el ánimo a disculpar a la mujer seducida, con tanto mayor motivo cuanto que en este caso no hubo por parte de ella falta a la fe prometida a otro hombre, ya que no sospechaba siquiera que Justo Vives la amase, pero la murmuración de las gentes, tal vez la burla del hombre vil que causó la desgracia, le avergonzarían constantemente y harían infeliz una unión que habría de concertarse con el fin de procurarse una mutua felicidad.

Aquel día se levantó Pepita por primera vez y, aunque débil y convenientemente abrigada, se sentó a la mesa. Estaba pálida y demacrada, había perdido aquella morbidez y frescura que Justo Vives admiró el día que la conoció, pero estaba bellísima. Aquella transparente palidez revelaba tanto el sufrimiento físico como el moral: sus ojos velados por las lágrimas y bajos por la vergüenza lanzaban vividos destellos cuando por impulso casi involuntario los fijaba en Justo Vives, o cuando en gratitud por las cuidadosas atenciones los dirigía a Jacinta. Aunque sus desgracias eran recientes y había visto acumularse sobre sí tantos males con vertiginosa rapidez, la atmósfera de bondad que la rodeaba

ejercía tan benéfica influencia, que no podía sustraerse al sentimiento de la esperanza. Con perfecta conciencia de su estado, sentíase pobre hasta el punto de reconocer que sin la compasión de sus protectores habría muerto en un hospital, y aunque de él hubiese salido con vida, falta de una familia y de un hogar y poco apta para dedicarse al trabajo, no tendría más recurso que el vil e infame que la sociedad tolera y, aun reglamenta y explota como un mal necesario: la prostitución. Conocía también que en aquella casa honrada, cuyos moradores eran considerados y apreciados como modelos de virtud, constituía ella una nota inarmónica: la soltera que fue madre, la hija del quebrado, víctima por su codicia de muerte repentina, mancharía con su infamia la honradez inmaculada de aquella familia. Había sido además una carga y habría de serlo por bastante tiempo, y esta gravitaba, no solo sobre sus protectores, sino, lo que era más doloroso aún, sobre los numerosos obreros que a costa de infinitas privaciones alimentaban con sus cuotas el fondo que distribuía la Comisión de Socorros, porque bien comprendía que sin estos auxilios Justo Vives hubiera pasado su prisión en el patio grande de la cárcel, alimentándose con el rancho de los presos pobres, y Jacinta habría tenido que mendigar o haber ingresado en un establecimiento de beneficencia. Otro género de consideraciones le atormentaban: Justo Vives le amaba, bien lo conocía ella por las manifestaciones de su sentimiento que tal vez a su pesar exteriorizaba el joven; pero quién sabe hasta qué punto aquel amor era capaz de luchar

con las limitaciones positivas o convencionales de la honra. Ella sí que le amaba sin límites ni obstáculos de ningún género, tanto más que hundida en el abismo de la infamia, con el amor nada perdía, antes por el contrario, con él se hallaba en situación de ganarlo todo.

Justo Vives veía claramente que la pasión que por Pepita sentía era avasalladora y dominante. En el objeto de su amor consideraba simbolizada aquella tremenda cuestión social por cuya solución trabajaba con febril empeño desde que se inició en la lucha emprendida por el proletariado militante, porque a sus ojos Pepita era una víctima del régimen social: la que por la ciencia y el arte de las generaciones pasadas, condensadas en convenientes instituciones, debiera por la instrucción y la educación ver allanados los caminos que pudiera emprender en la vida, se había visto reducida a un hogar dominado por el espíritu de la usura y de la avaricia, falto de amor y de prudencia; ella que debiera haberse visto fortalecida y apoyada por la sociedad para entregarse al sentimiento del amor como todo en la naturaleza obedece espontánea y armónicamente a las leyes de la germinación y de procreación, tropezó con un insensato que, con una perversidad criminal que las leyes y las costumbres toleran, la convirtió en vil juguete de sus vicios; pobre, sola y deshonorada, con una deshonor que le afectaba como objeto aunque su origen radicara fuera de ella, no solo era digna de ser amada, sino que merecía y necesitaba ser protegida, con tanto mayor

motivo cuanto que la desgracia la había despojado de lo que de burguesa y explotadora tenía antes y se había nivelado con los desheredados que luchan por su emancipación.

Jacinta sentía alegría más viva a causa de ser menos discutida y pensada: tenía a su lado a su hijo libre y sano; Pepita comenzaba a recobrar su salud; disponía de algún dinero producto de la venta de algunos efectos de Pepita y del último donativo de la Comisión de Socorros; su hijo empezaría a trabajar la semana próxima; dominaban el presente, y quien con la ayuda de la solidaridad obrera había hecho frente con tanta felicidad a situaciones difíciles no tenía para qué preocuparse de lo porvenir.

–¿Cómo estás, hija mía? –preguntó Jacinta a la enferma.

–Muy bien; la alegría de ustedes parece que me ha confortado –respondió Pepita.

–Pues que ese bienestar continúe es lo que necesitamos todos para que la alegría sea completa –agregó Justo Vives.

Una sonrisa de gratitud acompañada de amorosa mirada fue la recompensa con que la joven pagó aquellas palabras.

–Ahora lo que conviene –dijo Jacinta– es alimentarse bien y cuidarse mucho para lograr un pronto y completo restablecimiento.

–¡Ay! Son tantas y tan grandes las desgracias que me

abruman, que desconfío de alcanzar una perfecta salud. He de llorar la muerte de mi padre y la ruina de mi casa, y además pesa sobre mí otra fatalidad que atormenta mi conciencia y de que la vergüenza me impide hablar, aunque sea delante de tan buenos amigos y protectores como ustedes son para mí.

–Contra tantas pérdidas –replicó Justo Vives– ha adquirido usted una ventaja que no debe dejar de tener en cuenta. Antes vivía usted falta del amor que vivifica la vida, porque aunque su padre la profesase el natural que la paternidad impone, hoy comprende usted bien cuán insuficiente era y qué escasamente lo prodigaba quien se hallaba poseído por la pasión predominante del agiotaje; mientras que hoy tiene el de mi madre, que le llama su hija y a quien usted da el nombre de madre, y en mí tiene un hermano cariñoso.

Cruzáronse las miradas de Justo Vives y Pepita, y en ellas vieron ambos reflejarse recíprocamente una inmensidad de ternura y pasión, promesa de felicidad sin límites, presagio de días venturosos y consuelo y fin de sus desdichas presentes.

Terminada la comida, Pepita y Justo Vives pasaron a la sala, mientras Jacinta se dedicaba a las faenas domésticas, y esto dio ocasión a los jóvenes para entregarse a dulce plática, en que predominaron las más íntimas confidencias.

–¿Recuerda usted. Pepita –dijo Justo Vives– una tarde, pocos días antes de mi encarcelación, en que nos vimos por primera vez en la escalera?

–Sí, lo recuerdo; y el movimiento de simpatía que me inspiró usted en aquel momento, me ha servido para tenerle presente siempre que de usted me hablaba su madre –respondió Pepita.

–¡Qué instante aquel tan decisivo para mí! –exclamó Justo Vives.

–¿Por qué? –preguntó Pepita con un movimiento de graciosa curiosidad.

Justo Vives refirió entonces la escena que había presenciado en la fábrica entre el bur–guesito y sus amigos, las consideraciones que esto le inspirara y terminó diciendo:

–Se me reveló usted como una víctima de la voracidad burguesa, y víctima inconsciente, a la par que despertó en mí sensaciones de un género hasta entonces desconocido para mí.

La vivacidad con que el joven se expresaba y la significación de sus últimas palabras causaron tal efecto en Pepita que, no pudiendo dominarse y no encontrando palabras con qué expresarlo, derramó abundantes lágrimas.

Justo Vives le tomó una mano y dijo:

–Sí, Pepita: amo a usted desde aquel momento, y sus desgracias y sufrimientos han aumentado mi pasión y nada hay que le sirva de obstáculo; ni siquiera estas injustas convenciones de la sociedad que combato con mis convicciones revolucionarias.

–¡Qué dice usted, desgraciado! Yo no puedo, no debo aceptar ese amor del cual me siento indigna.

–No, Pepita: no hay tal indignidad. Bien sé yo que si la desgracia no la hubiera hecho descender de su categoría social hasta nivelarse con la de los proletarios, no hubiera fijado en mí su atención, mucho más si hubiera encontrado lo que se llama un buen partido, aunque no me hubiera visto privado de libertad. Hoy ya es otra cosa: somos iguales, tenemos contra la sociedad actual los mismos motivos de queja, el sufrimiento ha completado y aun perfeccionado su educación. Dejemos a un lado eso de la indignidad. Lo que yo necesito saber es si puedo esperar que mi amor sea correspondido.

Pepita miró fijamente a Justo Vives, le estrechó la mano con efusión y permaneció como en éxtasis sin poder articular una palabra.

–Necesito una contestación afirmativa o negativa, pero cierta –exigió Justo Vives–. Te amo, Pepita, vida de mi vida. ¿Me amas tú?

–¡Sí! –exclamó Pepita, haciendo un supremo esfuerzo como si aquella palabra exhalara el último aliento.

–Eso es lo que yo necesitaba; lo demás corre de mi cuenta.

En aquel momento entró Jacinta en la habitación y al ver a la joven en aquel estado de excitación, dijo a Justo Vives:

–¿Qué haces, muchacho? ¡Vaya una manera de asistir a una enferma! Ven, hija mía: acuéstate si no te sientes bien.

–No, señora: crea usted que no he estado mejor que ahora en toda mi vida.

Estas palabras tranquilizaron a Jacinta y la alegría se hizo completa en aquella casa.

X

DEL DRAMA AL IDILIO

En la tarde del domingo inmediato siguiente al que ocurrió lo que dejamos expuesto en el capítulo anterior, se paseaba Justo Vives con algunos compañeros, y por invitación de uno de ellos entraron en uno de los cafés principales y más concurridos de la capital.

En un velador situado a corta distancia del que ocuparon nuestros amigos se hallaba el burguesito Antonio con otros jóvenes gomosos que sostenían animada y alegre conversación.

Justo Vives le vio y sintió profundo disgusto con su presencia, pero disimuló y reconcentró en si mismo aquella desagradable sensación.

Seguía con atención e interés la conversación que

sostenían sus compañeros, y tomaba parte en ella según el asunto lo requería, pero sin perder de vista al odiado burgués y al grupo de que formaba parte.

Parecióle observar que en aquel velador hablaban de él, y se confirmó en esta idea viendo como aquellos jóvenes reían y le miraban, mientras el burguesito hablaba con expresión irónica y ademanes chocarreros e indecentes.

Pasado un corto espacio de tiempo, Justo Vives creyó confirmada su sospecha, y sintió ira y vergüenza al notar que los concurrentes que ocupaban las mesas próximas a la del burguesito se habían enterado de lo que en aquella se trataba y le miraban también con curiosidad.

Justo Vives no pudo ya contenerse, se levantó, se acercó a la mesa donde se le escarnecía y encarándose con el burgués Antonio, dijo:

–Desde que he entrado en el café estoy observando que no cesa usted de hacerme objeto de una charla que causa la risa de estos jóvenes y estoy dispuesto a impedir que eso continúe.

El burguesito no esperaba esta brusca interrupción, y además asustóle la iracunda irritación que bajo aparente sangre fría manifestaba Justo Vives.

No obstante, sacando fuerzas de flaqueza para mantener

bien su pabellón delante de sus amigos y de los concurrentes que del caso se enteraron, replicó:

–Nosotros en nuestra mesa hablamos de lo que tenemos por conveniente, y ni usted ni nadie tiene derecho a pedirnos explicaciones,

–Dos veces me ha negado usted ya el derecho de reivindicación, la primera con motivo de la huelga del 1.º de Mayo, y ahora después de insultarme con cobarde murmuración, de lo cual son testigos los señores presentes –dijo señalando a los que ocupaban los veladores inmediatos, no a los de la tertulia del burgués con manifiesta intención de no considerar digno de aprecio su testimonio– y ahora aseguro por quien soy que me ha de dar satisfacción completa.

El burguesito se puso pálido y temblaba como un azogado, quería levantarse y le faltaban las fuerzas para ello. Sus amigos, más serenos, pero no teniéndolas todas consigo, se levantaron con visibles deseos de retirarse creyendo prudente poner tierra por medio, pero Justo Vives les aplastó en sus asientos con la fuerte presión de las manos sobre sus hombros, y dijo:

–No os habéis de mover de aquí, vosotros que hacíais comparsa a este miserable, hasta que me dé la satisfacción que le he pedido o que yo me la tome.

Este suceso empezó a llamar la atención de toda la concurrencia: al principio fijaron todos sus miradas en aquel grupo, luego se fueron acercando, hasta que por última formaron un gran círculo a su alrededor.

Los amigos de Justo Vivos, como individuos de la Sociedad de Carpinteros, conocían al joven burgués, y conocedores también de las desgracias de Pepita, comprendieron que allí se ventilaba una grave cuestión de honra para su compañero, por lo que se abstuvieron de toda manifestación de obra o de palabra, manteniéndose en una prudente reserva.

Justo Vives dijo entonces a la concurrencia:

–Señores, este hombre es un ente miserable que alentado por una considerable fortuna que su padre ha formado por la explotación de los trabajadores, no conoce freno a su capricho ni tiene otro objeto que divertirse a costa de las víctimas que ocasiona. Una de sus víctimas es una infeliz, mujer que hubiera muerto, como murió el hijo de sus entrañas, si mi madre no la hubiera recogido y asistido; moralmente, aunque no haya motivo de carácter legal para acusarle, es asesino y parricida. Esa mujer continúa en mi casa, hoy que he vuelto yo a ella después de larga ausencia, y continuará porque regenerada por la desgracia es digna de vivir en el hogar de un trabajador honrado. De esto se burlaba este hombre en compañía de estos, que son burgueses de la misma calaña. ¿Hay alguno de los presentes

que crea que no obro bien al entregarle al desprecio público y que la conducta de mi madre y la mía no es digna y honrada?

Nadie contestó, pero todos manifestaron su asentimiento con marcadas muestras de respeto.

Por su parte el burguesito quiso replicar, con el propósito de contrarrestar el efecto de las palabras de Justo Vives y rechazar el oprobio y el ridículo que tan impensadamente se le había venido encima, pero no encontró palabras en su turbación y solo produjo un confuso tartamudeo acompañado de temblor y castañeteo de dientes.

Eso puso el colmo a la escena y los espectadores prorrumpieron en general carcajada ante los visajes que hacía aquel degenerado Tenorio.

Justo Vives puso fin a aquel espectáculo diciendo:

–¡Fuera de aquí, mala víbora! Agradece al dominio que tiene mi razón sobre la ira, que si no, fuera capaz de aplastarte de una bofetada

Y cogiéndole de una oreja, como suele hacerse con un chiquillo travieso, le levantó de su asiento y le empujó hacia la puerta.

Aquellos que momentos antes reían con cinismo insultante salieron mustios y avergonzados del café,

sufriendo las risas con que muchos de los circunstantes acompañaban su retirada; otros en gran número se acercaron a estrechar la mano de Justo Vives, aprobando de esta manera la prudente salida que supo dar a la provocación de aquellos jóvenes insensatos.

Despidióse Justo Vives de sus compañeros, después de hablar corto rato con ellos y darlos un importante encargo, y se dirigió a su casa.

Con el fin de separarse de los sitios que les recordaban dolorosos sucesos, y también para evitar el contacto frecuente con las personas que por estar más o menos enteradas mantenían en tensión constante la murmuración, la familia recientemente reconstituida con la libertad de Justo Vives y la admisión aun no bien definida de Pepita había cambiado de domicilio.

La joven, perfectamente restablecida y consolada ya de sus desgracias, así como había entrado en una nueva fase de su existencia, había transformado con notable ventaja su hermosura.

No era ya la muchacha risueña y ligera que inconsciente de los peligros que corre y descuidada de las pasiones que suscita, revolotea como mariposa que salta de flor en flor confiada en la armonía de la Naturaleza, como si esta madre universal no tomase por fundamento grandes masas, conjuntos gigantes, y no dejase los átomos y los pequeños

seres como unidades despreciables, a la manera que en el resultado final de un cálculo se tienen en cuenta las unidades del producto y se desprecian las fracciones pequeñas.

Vigorizada por el sufrimiento físico, aleccionada por el dolor moral y completada la evolución, parte por el transcurso regular de su edad, parte también por aquella manera de sorpresa con que de niña había pasado a ser mujer, era la flor fragante y aromática que, aunque vista y conocida de todo el mundo, a todos causa sensación agradable como si por primera vez la vieses.

Al hallarse Justo Vives nuevamente en su presencia, le impresionó como si nunca la hubiera visto, y le pareció que se repetían con nuevo vigor las dulces sensaciones que sintiera aquel día, para él de recuerdo perdurable, que la vio por primera vez.

En ambas ocasiones venía mezclada tan grata impresión con el recuerdo del odioso burgués, pero en la presente tenía nuestro amigo la satisfacción de haber abatido la soberbia de aquel procaz mozalbete.

Justo Vives contempló extasiado a su amada, y esta, con gracia admirable a la par que con la mayor sencillez, permaneció con la vista fija en el suelo y manifestando en su rostro cierto tímido rubor que sentía siempre a la vista del joven.

Aprovechando los instantes que Jacinta dedicaba a las ocupaciones de la casa y en que ambos quedaron solos, dijo Justo Vives:

–Eres buena y hermosa y siento que el amor que me inspiras toma proporciones infinitas.

–Bueno eres tú en proporciones mayores que el amor que me manifiestas, porque con él levantas a la altura de la gloria a una infeliz sumida en el fango –dijo Pepita.

–¡Siempre dominada por esa idea! –replicó el joven.

–¿Cómo quieres que sea de otro modo, si me es imposible olvidar que entre tú y yo no puede haber reciprocidad absoluta? Tú, dignísimo y bueno, me amas, y yo, deshonrada e impura, te debo amor y gratitud; pero si tu amor es ya inmenso, imposible me es superarle y recompensarle con estos sentimientos míos que siempre parecerán hijos del egoísmo.

–Mira, Pepita –dijo Justo Vives poseído del más vivo entusiasmo– acabo de saltar sobre la última preocupación social que podía ser un obstáculo a nuestra dicha, hoy puedo arrostrar sin ira ni vergüenza la presencia de tu seductor.

Pepita oyó con extrañeza estas palabras cuyo sentido no comprendía y preguntó:

–¿Cómo?

Justo Vives refirió detalladamente y con toda verdad la escena ocurrida poco antes en el café, añadiendo:

–Ese hombre está moralmente muerto para nosotros; no puede en manera alguna presentarnos ningún obstáculo. Y ahora te pregunto yo: ¿estás dispuesta a despojarte de cualquiera preocupación que hasta ahora te separe de mí?

–Toda soy tuya y de tu madre, os debo la vida, dispón de mí absolutamente como quieras, respondió con voz alterada por una emoción que participaba de alegría y de pena y sin atreverse a levantar la mirada hasta los radiantes ojos de su amado.

–No, Pepita, yo no dispondré de tí jamás; yo no quiero poseerte como una esclava. Quiero, sí, que en la plena posesión de tu libertad, dueña absoluta de tu personalidad moral y física, sin despojarte nunca de ella, me des lo que tu voluntad te inspire. No quiero tu gratitud, te reconozco el derecho de ser ingrata, solo deseo tu amor, y si me lo concedes, lo aceptaré como un don constante, de cada momento, y entonces sí que yo te profesaré gratitud que acrecentará mi amor hasta más allá de lo infinito.

Pepita se sintió subyugada ante la vehemencia de aquella pasión, expresada de una manera tan diferente del clasicismo dominante en las novelas que ella hasta entonces

había leído, y en un arranque espontáneo que no pudo dominar, exclamó:

–Eso mismo que dices sentía yo, aunque sin saber explicarlo tan bien. A ti me entrego, no de una manera pasiva, sino como quien en la plena posesión de si misma te da lo que su voluntad quiere darte. Dejo a tu inteligente iniciativa el arreglo de nuestra nueva existencia, haz cuanto creas bueno, conveniente y de tu agrado, que a todo doy sanción anticipada, y como gaje y sello de mi promesa y de mi dádiva, toma –y le dio un apasionado beso en la mejilla.

Justo Vives tomó aquel dulce regalo, compensado por otros de la misma especie después de estrechar a Pepita contra su corazón.

De este amoroso éxtasis les sacó la voz de Jacinta, que desde el comedor dijo:

–¡Niños, a cenar!

Este llamamiento a la realidad de la vida, aquel descenso desde las alturas de lo ideal hasta la superficie terrena en que se sustenta el estómago, sobrecogió a nuestros entusiastas enamorados, especialmente a Pepita, que sintió miedo y vergüenza como si la hubieran cogido infraganti en la perpetración de un crimen.

Gracias que Justo Vives la calmó e inspiró tranquilidad.

Así pudieron disfrutar en paz y entregados a las más risueñas esperanzas de aquella dulce vida de familia, que había convertido en idilio lo que había entrado ya en la vía dramática.

XI

EL REGISTRO NATURAL DE LA SOCIEDAD DE CARPINTEROS

El salón de la cervecería El Porvenir se hallaba engalanado y dispuesto para una gran solemnidad: colgaduras, flores, profusión de luces, todo combinado artísticamente para exaltar la imaginación y dar expansión al pensamiento. Multitud de tarjetones con nombres gloriosos de mártires y propagandistas y de sucesos culminantes en la historia del proletariado militante, recordaban las luchas sostenidas por la emancipación social a la par que servían de noble emulación. En el testero de la sala que formaba un poco elevado estrado, y bajo un grupo de banderas de todas las naciones donde dominaba una gran bandera roja, hallábase la mesa presidencial, cubierta también con un paño rojo en que en letras doradas se leía «Sociedad de Carpinteros»: a la derecha se hallaba una tribuna, y rodeando la presidencia y ocupando todo el estrado había sillas de preferencia,

destinadas para las comisiones que habían de asistir en representación de las sociedades obreras invitadas. El resto de la sala ocupábanlo numerosas filas de sillas destinadas a los socios y sus familias.

A las ocho empezó a afluir una alegre y animada concurrencia, y media hora después el lleno era colmado. El aspecto del salón era bellísimo: los rostros varoniles de los trabajadores contrastando con los agraciados de sus esposas e hijos, la sencillez y relativa elegancia de los trajes y sobre todo la expresión de alegría que a todos animaba, producía mágico encanto.

El compañero Prats, asistido de dos secretarios ocupó la presidencia; a su derecha tomaron asiento Pepita y Justo Vives, y a la izquierda un joven matrimonio y un niño de corta edad que la esposa tenía en sus brazos. El resto del estrado se hallaba ocupado por delegadas y delegados en representación de numerosas sociedades de la localidad.

Cuando todos hubieron tomado asiento, el compañero Prats agitó la campanilla y se levantó.

El más absoluto silencio se produjo súbitamente.

En medio de aquella muda expectación, dijo el presidente:

–Compañeros, y no hago mención especial de las señoras, porque así como ante la explotación burguesa no hay sexos,

tampoco debe haberlos para la emancipación revolucionaria, donde debe reinar entre todos los humanos la igualdad más absoluta... *(Una explosión unánime de aplausos aprobó este pensamiento.)*

El orador continuó.

–Compañeros: bajo la forma aparente de una velada recreativa venimos a realizar un acto de trascendencia suma. La Sociedad de Carpinteros, solicitada por dos de sus dignos socios, ha acordado constituirse en sesión magna y solemne para ofrecer su solidaridad, comprometiéndose a prestar toda clase de apoyo moral y material, a un niño recién nacido, fruto de la unión de un carpintero con una compañera de la Sociedad de Tejedoras, y al matrimonio formado por otro compañero nuestro con una exburguesa, sumida en la mayor desgracia por la maldad y la corrupción que tanto abunda entre la gente de aquella clase, y elevada a la dignidad de proletaria, tanto por sus propias virtudes, como por el amor de nuestro querido amigo y consocio.

Estamos aquí reunidos para sustraernos a la tutela de la Iglesia y del Estado, para declararnos emancipados de la ley y de la religión, y por tanto para disfrutar anticipadamente de los beneficios que a las generaciones venideras producirá el triunfo de la revolución social. *(Atronadores aplausos interrumpen al orador)* Venimos, pues, a declararnos en rebeldía contra la sociedad que nos oprime y explota, y esto, no como vana protesta, sino creando una institución que

sustituye a lo que negamos y desechamos. Nuestra obra de hoy será imperecedera, como el término de una evolución cumplida, como el principio de una era nueva.

Contra la ley que establece diferencias absurdas entre los nacidos calificándolos de legítimos e ilegítimos, según que los padres se hayan sometido o no a ciertas fórmulas y ceremonias, y contra la religión que quiere asegurarse el dominio del recién nacido por un contrato en que uno de los contratantes es inconsciente y compromete sus futuras creencias, fundamos nosotros la garantía de la libertad de los individuos en sus pensamientos y en sus sentimientos, y así como las instituciones del privilegio llevan el registro de los nacimientos, defunciones y casamientos solo para regimentar los individuos, imponerles gabelas y socaliñas y asegurarse de que nadie se exceptúa de pagar, nosotros presentaremos aquí los recién nacidos y las parejas de compañeros unidos por el amor, para que conste todo lo contrario, que la colectividad obrera de que forman parte se les ofrece en todo y para todo, estableciendo de este modo una solidaridad práctica y positiva. *(Nueva interrupción causada por aplausos y calurosas aclamaciones)*. ¡La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos! Tal es el grito de guerra que La Internacional dio al proletariado militante universal, y nosotros que a toda costa queremos emanciparnos, empezamos por hacerlo en todo aquello que de nuestra voluntad depende, sin dejar por esto de contribuir

a la destrucción de lo que a nuestra voluntad se opone. En su virtud, aquí os presento al compañero Antonio Rosés y a su esposa María Lloverás, unidos en pacto libre y sin la menguada autorización de ningún funcionario eclesiástico ni civil, que presentan para su inscripción en el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros a su hijo, que quieren que sea conocido con los nombres de Miguel, en memoria del ilustre apóstol de la Anarquía, Miguel Bakunin; Carlos, en recuerdo de Carlos Marx, fundador de La Internacional, y Luis, para honrar la memoria de Luis Ling, heroico suicida del grupo de los mártires de Chicago.

Los aludidos esposos se pusieron en pie, el presidente tomó el niño en sus brazos, estampó un beso en su frente, le mostró a la asamblea y después se lo entregó a su madre.

Todos los asistentes se levantaron espontáneamente con señaladas muestras de respeto, pero luego, como si un resorte eléctrico hubiese tocado a todos la cuerda sensible, prorrumpieron en estruendosa salva de aplausos y exclamaciones de entusiasmo que a muchos hicieron derramar lágrimas.

Pasados algunos instantes el presidente agitó la campanilla y prosiguió:

–También os presento a nuestro querido compañero Justo Vives y a su esposa Josefa Pérez, los cuales con motivos más directos y personales que la generalidad de nosotros para

proclamar su rebeldía contra la sociedad del privilegio, quieren que conste su unión en el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros para practicar y disfrutar recíprocamente de la solidaridad obrera.

Los aludidos, de pie como estaban inclinaron la cabeza respetuosamente y la asamblea les saludó con cariñosos aplausos.

Los invitados que se hallaban más próximos estrecharon las manos a los jóvenes esposos, y las delegadas de varias sociedades de mujeres abrazaron y besaron con efusión a Pepita, quien, no sabiendo cómo expresar su gratitud a aquellos buenos trabajadores que la sacaron de la deshonra, de la miseria y tal vez la arrebataron a la muerte para honrarla públicamente y ponerla en la vía de la felicidad, se deshacía en lágrimas de gratitud. Las mismas muestras de afecto recibían en el otro lado del estrado los padres del niño que inauguró el Registro Natural de la Sociedad de Carpinteros, mientras la asamblea aplaudía en el colmo del entusiasmo.

En aquel acto que no se sujetaba a ningún ceremonial previamente establecido, sin precedente tradicional, sin ritual de ninguna clase, falta de símbolos que nada dicen por si si no les acompaña una explicación, sin sacerdotes ni funcionarios revestidos de galoneadas y bordadas vestiduras, que carecía en fin de la arcaica y trasnochada majestad autoritaria, brillaba la majestad natural

manifestada por la unánime y espontánea alegría de los concurrentes, que constituían en aquel momento como una fracción desprendida de la colectividad por la explotación y la tiranía dominada, para formar el génesis de la sociedad justa y perfecta de las edades futuras.

El presidente habló nuevamente en estos términos:

–Compañeros: El amor crea, el amor vivifica, el amor regenera, el amor salva. Nosotros, aquí reunidos para dar nuestra amorosa sanción a unos amantes que nos presentan en un ser recién nacido un futuro compañero, y a otros que sin las salvadoras ideas que nos inspiran y fortalecen serían perdidos para la humanidad después de perecer tras horrorosa agonía en infecunda lucha: nosotros, digo, damos un mentís a nuestros enemigos que afirman que solo el odio y la envidia nos inspiran. Luchamos contra el privilegio, no por lo que los privilegiados gozan a costa de nuestros sufrimientos, sino por nuestro amor a la igualdad que debe reinar entre los hermanos de la familia humana. Si así no fuera, bien se estaría en su relativo bienestar el que de él goza sin arrostrar las iras de los poderosos que antes que el triunfo del ideal traen sufrimientos sin fin en las cárceles, los presidios, la deportación y hasta en el cadalso. No es, no puede ser, una miserable pasión egoísta la que lanza a las muchedumbres hambrientas a la conquista de sus derechos, ni ¿cómo puede hermanarse el egoísmo, pasión exclusivamente individual, con un movimiento

espontáneo de la multitud? Ya en los primeros tiempos de La Internacional se lanzó una fórmula que yo repito hoy en nombre y por encargo de la Sociedad de Carpinteros: ¡Paz a los hombres; guerra a las instituciones! Hermanos nuestros son todos los seres humanos, y para que lo sean de hecho queremos la igualdad social, no esa igualdad ficticia de la religión, que la supone práctica en otra vida para los escogidos, después de relegar a los que considera réprobos al infierno, a aquel lugar de desdichas en cuya puerta, según expresión del poeta, se deja toda esperanza. Rechazamos aquella igualdad ilusoria del cielo, mientras se afirma con la supuesta autoridad de un dios que siempre ha de haber pobres entre nosotros, y queremos que los que yacen abismados en los tormentos de las capas inferiores se eleven hasta el nivel de la fraternidad que señalan las leyes naturales y el progreso realizado, y que los que viven en las alturas artificiales del monopolio vengán a confundirse en feliz igualdad con todos los demás miembros de la familia humana. La Sociedad de Carpinteros felicita al matrimonio Roses y Lloverás, desea felicidad para el recién nacido Miguel Carlos Luis; felicita no menos cordialmente a la nueva compañera Josefa Pérez, y en cuanto a su esposo no encuentro mayor elogio y justificación más adecuada que repetir su nombre y apellido dándoles el significado de un hecho y de una calificación: ¡Justo Vives!

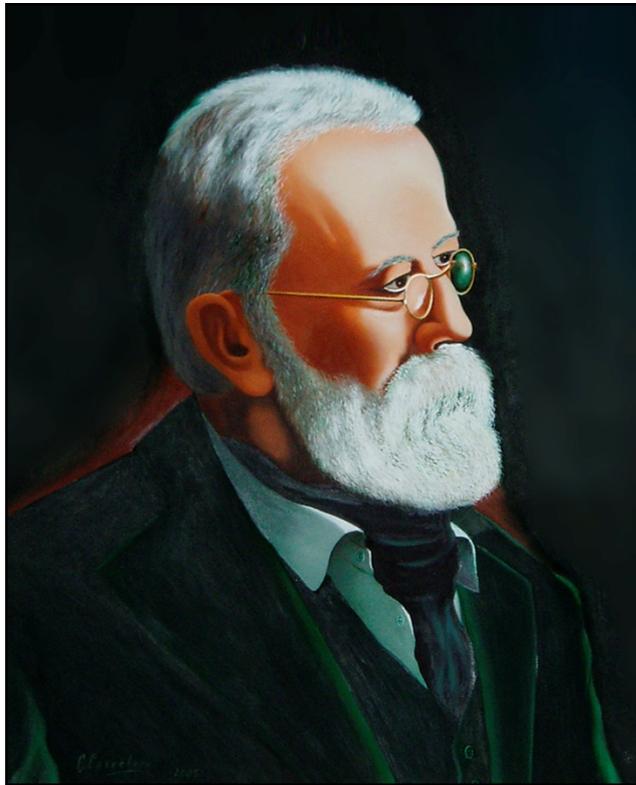
El entusiasmo y la alegría llegaron a su colmo; los aplausos, las aclamaciones y aun las lágrimas que rebosaban

la emoción que no podía contenerse en los pechos, daban a aquella reunión un aspecto solemne y majestuoso.

Varios compañeros ocuparon luego la tribuna, donde se leyeron algunas poesías y trabajos literarios alusivos al acto, y después un coro cantó algunas de las inspiradas composiciones del inmortal Clavé, dando fin al acto con el Himno Anarquista, que fue cantado por toda la concurrencia, y cuyas enérgicas notas en el silencio de la noche esparcidas por todo el ámbito de la ciudad, parecían una previsión de lo porvenir, la profecía de un nuevo Apocalipsis.

Así cantaban todos, hombres, mujeres y niños:

*Rojo pendón,
No más sufrir,
La explotación
Ha de sucumbir...*



ACERCA DEL AUTOR

ANSELMO LORENZO (Toledo, 1841 - Barcelona, 1914)
Pensador anarquista y activista sindical español. Nacido en el seno de una familia humilde perteneciente a la clase trabajadora (sus padres eran unos campesinos que, en busca de mejor fortuna, se establecieron con sus hijos en Madrid cuando el pequeño Anselmo era aún un niño de corta edad), aprendió el oficio de tipógrafo. Integrado en círculos revolucionarios, recibió en la capital española al activista italiano Giuseppe Fanelli, enviado a la Península Ibérica por Mijail Bakunin con el propósito de constituir los

primeros núcleos internacionalistas españoles y propagar la doctrina de la I Internacional.

Fanelli había entrado por Barcelona en noviembre de 1868, acompañado por otros destacados anarquistas como Alfred Nacquet, Élisée Reclus y Aristide Rey, para organizar y unificar en la Ciudad Condal a las sociedades obreras revolucionarias lideradas por Rafael Farga Pellicer, Ramón Cartañá y Ramón Costa. Poco después, a instancias del citado Elisée Reclus (un escritor y geógrafo francés que luchó de forma incansable en favor del anarquismo), la "mano derecha" de Bakunin en la Europa mediterránea viajó hasta Madrid para entrevistarse con Anselmo Lorenzo, encuentro del que nació, en enero de 1869, el primer núcleo provisional de la Internacional en Madrid. A partir de entonces la doctrina de Bakunin se difundió por España.

Alentado por las ideas de Giuseppe Fanelli, en 1870 Anselmo Lorenzo se unió a Francisco Mora y Tomás González Morago para fundar la Sección Federal Española de la AIT, organización a la que representó, al año siguiente, en la Conferencia de Londres. En los procesos de Montjuic (1896-1897), se le acusó de haber tomado parte en una serie de actos terroristas en los que no tenía ninguna responsabilidad; se vio obligado a abandonar España y tomó el camino del exilio rumbo a París. Allí se encontraban refugiadas algunas de las figuras más notables del anarquismo español, como el pedagogo catalán Francesc

Ferrer i Guardia, que introdujo en España el racionalismo pedagógico y puso en marcha la célebre Escuela Moderna, en cuya editorial hallaría un sólido recurso Anselmo Lorenzo cuando regresó a España.

Colaboró con la Escuela Moderna hasta la muerte de Ferrer (fusilado el día 13 de octubre de 1909, después de habersele imputado la quema del convento de Premiá, durante los episodios conocidos como Semana Trágica). En 1910 tomó parte activa en el Congreso Obrero de Barcelona, sin temor a las represalias dirigidas contra los anarquistas desde los sucesos del año anterior; y en 1911 se convirtió en uno de los fundadores de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT).

Anselmo Lorenzo fue un precursor de la acción política en defensa de la clase trabajadora, como quedó bien patente en su ensayo *El proletario militante* (1901-1923), una de las mejores fuentes testimoniales para conocer la evolución en España del movimiento libertario entre 1868 y 1882, así como los ecos de la Primera Internacional que llegaron hasta la Península Ibérica. Aunque el pensamiento de Anselmo Lorenzo carece de aportaciones originales respecto a la ideología anarquista, su obra ensayística y periodística contribuyó decisivamente a divulgar algunas de las ideas de los teóricos del anarquismo internacional: el francés Pierre Joseph Proudhon y los rusos Piotr Kropotkin y Mijail Bakunin.